

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA COTIDIANA EN EL
PORFIRIATO REFLEJADOS A TRAVÉS DE LAS NOVELAS

TESINA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADA EN HISTORIA

P R E S E N T A

Marcela Cobos Romero

Asesor: Mtro. Arturo Lomas Maldonado

México, D.F.

1999

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA COTIDIANA EN EL
PORFIRIATO REFLEJADOS A TRAVÉS DE LAS NOVELAS

TESINA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADA EN HISTORIA

P R E S E N T A

Marcela Cobos Romero

Asesor: Mtro. Arturo Lomas Maldonado

México, D.F.

1999

DEDICACION

A WALDO:

¿porqué? ¿porqué tú?... No, no es posible creerlo, le pedí al Señor "haz que esto no sea verdad". No hubo noche más oscura que esa noche, el frío, el dolor y la tristeza se fueron depositando poco a poco en los rincones del alma... comenzó a sentirse la presencia del misterio, la presencia del Espíritu, la presencia de Dios.

Estoy como petrificada, todo ha quedado yerto, seco, inerte, una losa oprime mi corazón. Cuanto dolor, cuanta amargura, cuanto enojo contenido... alguien me dijo que la vida comienza cuando aparentemente acaba, pero no se puede cancelar el llanto ni el dolor de la separación.

Cuantos buenos momentos compartí contigo, cuantos días rebosantes de gozo, pero... cuantas cosas nos faltaron por hacer juntos, cuanto teníamos aún que compartir, tantas cosas se quedaron en suspenso, inacabadas ¿Y ahora que?, te busco en vano, como te extraño.... como me haces falta.

Te recuerdo siempre, el recordarte prolonga un poco de tu vida en mí y tu presencia permanece. Se que estas conmigo en este momento.

A ti... porque estas tan lejos o a veces tan cerca.... pero siempre estas.

AGRADECIMIENTOS

Al Mtro. Gregorio Vidal B. por que sin su ayuda no hubiese sido posible la realización de este trabajo.

A la Mtra. Laura Noemí Alvarez Acevedo y al Mtro. Erasmo Sáenz Carrete por sus observaciones y comentarios.

A la Mtra. Adriana Bobadilla por su amistad, su orientación y su apoyo.

A Eduardo Méndez Olmos por la revisión final de este trabajo.

A la Subcomisión Nacional Mixta de Capacitación y Becas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, por las facilidades que me brindaron para poder realizarlo.

A la profra. Ma. Esther Jasso Sáenz por entenderme y comprenderme.

A Laura, Norma, Socorro y Héctor por su amistad y el apoyo incondicional que siempre me han manifestado.

A mis amigos de la Galería de Historia por alentarme siempre en continuar mis estudios.

A mis amigos.

A mis padres, **Mario Waldo y Silvia**, con amor, respeto y agradecimiento por todo lo que me han dado incondicionalmente, porque supieron guiarme en mi formación personal y académica, porque de ellos aprendí los valores que hoy forman mi persona.

A mi hijo, **Eduardo**, por ser el principal motivo para realizar este trabajo y ser la inspiración de mi vida. Espero guiarte acertadamente para hacer de ti una persona amorosa, justa, moral, generosa y optimista.

A **Silvia Guadalupe, Miriam, Waldo, Veronica y Omar** por lo que hemos vivido y compartido juntos desde niños, agradezco a Dios el habernos hecho hermanos.

A **Guillermo** por su apoyo y comprensión.

I N D I C E

INTRODUCCION -----	1
CAPÍTULO I	
EL PORFIRIATO: ASPECTOS GENERALES -----	11
1. Paz y progreso	
2. La política	
3. La economía	
4. La Iglesia	
5. La educación	
6. Prensa	
7. Los científicos	
8. Cultura	
9. La sociedad	
10. Diversiones	
 CAPÍTULO II	
LA CIUDAD DE MEXICO -----	33
 CAPÍTULO III	
VIVIENDA Y ALIMENTACION -----	39
1. Casa	
2. Comida	
3. Bebida	
 CAPÍTULO IV	
EL VESTIDO Y LA MODA -----	53
1. Indumentaria femenina	
2. Indumentaria masculina	
 CAPÍTULO V	
LOS PASEOS -----	63
1. El Zócalo	
2. Paseo de la Alameda	
3. Chapultepec	
4. Paseo de la Reforma	

CAPÍTULO VI	
LAS DIVERSIONES	74
1. Jockey Club	
2. Tivoli del Eliseo	
3. El teatro	
4. Los toros	
5. El cine	
6. El circo	
7. Los bailes	
8. Los Juegos	
9. La música	
CAPÍTULO VII	
LOS ROTOS O LAGARTIJOS	83
CONCLUSIONES	87
BIBLIOGRAFIA	89

INTRODUCCIÓN

El general Porfirio Díaz tomó el poder por la fuerza en 1876 y se sostuvo hasta 1911. Durante ese periodo cambió el rumbo de la revolución liberal apoyado por la burguesía, los latifundistas y el ejército; anuló las libertades y la democracia, pero al mismo tiempo fomentó el desarrollo económico e hizo adelantar la instrucción pública.

Porfirio Díaz impuso la paz mediante la represión de sus posibles enemigos, ahogó en sangre las insurrecciones lerdistas encabezadas por los generales Trinidad García de la Cadena y Mariano Escobedo, acabó con el bandolerismo, dispersó por todo el país a los indios yaquis, puso fin a la guerra de castas de Yucatán y masacró al pueblo de Tomochic que se había levantado en armas.

El gobierno de Díaz se apoyó en la aristocracia intelectual, representada por un grupo conocido con el nombre de “los científicos”. Una especie de filosofía oficial era la del positivismo implantado en México desde 1867 por Gabino Barreda.

El general Díaz no se atrevió a derogar los preceptos democráticos de la Constitución de 1857, por lo que cada cuatro años fingió celebrar elecciones.

A cambio de todas estas arbitrariedades, Díaz ofreció al pueblo el crecimiento económico, y para lograrlo se basó en el llamamiento al capital extranjero, el acarreo de colonos, la construcción de ferrocarriles, la venta de terrenos baldíos y el saneamiento de la hacienda pública.

Entre 1883 y 1894 se decretaron dos leyes de colonización por medio de las cuales se malbarataron millones de hectáreas y se dio origen a los nuevos y vastos latifundios de extranjeros, políticos y viejos terratenientes; como consecuencia de ello se despojó de sus tierras a los pequeños propietarios. Con el logro del capital extranjero, en 1910 la cuarta parte de las tierras de México estaban en poder de extranjeros.

La política de "paz, orden y progreso" de la dictadura, el mejoramiento de la tecnología y algunos otros factores que favorecieron la economía internacional, hicieron crecer notablemente la producción, pero la riqueza que esto trajo consigo no benefició a toda la población, sino solamente a un sector.

Durante este periodo, las ciencias, la literatura y las artes adquirieron un desarrollo que nunca antes se había visto. Los hombres de letras gozaron de una posición económica desahogada que les permitió dedicarse al estudio y a la creación literaria.

En resumen, el porfiriato es uno de los periodos básicos y definitivos en el desenvolvimiento nacional del pueblo mexicano. Durante ese periodo se dan importantes cambios sociales, económicos y políticos, y se produce además una "gran actividad cultural que renovará la vida intelectual de México y en particular la novela".¹

¹ González, Manuel Pedro. Trayectoria de la novela mexicana. México. Ediciones Botas, 1951, p. 45.

El presente trabajo se propone mostrar algunos aspectos de la vida cotidiana en la Ciudad de México durante el porfiriato (1876-1910), reflejados en las novelas de esa época. Es un ensayo descriptivo que tiene como finalidad profundizar en lo ya conocido, pero utilizando como fuente principal la novela histórica. Tomé la novela como base documental porque ese género literario pretende precisamente retratar la realidad. "De todas las formas literarias, la novela es la más enraizada en la vida y en la realidad económica y social que aspira a reflejar, y resulta absurdo –particularmente tratándose de la novela-- pretender explicarla en el vacío y sin relacionarla con el ambiente social, económico, político, religioso y cultural en que se gestó".² En este sentido, toda la literatura hispanoamericana se caracteriza por su rico contenido social.

La novela en México ha tenido diferentes etapas. En la época colonial se prohibió el paso de las novelas a las Indias, y sólo se dejaban entrar las crónicas y las narraciones poéticas.

El periodo de la independencia es considerado como el momento preciso en que la novela mexicana se reproduce. La figura literaria más importante de México en la primera mitad del siglo XIX es Joaquín Fernández de Lizardi, mejor conocido como el Pensador Mexicano, cuya novela más famosa es el *Periquillo Sarniento*. Hay que mencionar que en esta etapa existe una gran influencia del periodismo sobre la literatura.

² *Ibidem.* p. 5.

En algunas páginas de periódicos o en revistas aparecen novelas como *El fístol del diablo* de Manuel Payno.

Los años de 1827 a 1867 representan el periodo romántico de la literatura en México. La novela de estos tiempos era exagerada, exaltada, y conducía a un ideal de sensibilidad; es decir, era muy diferente la realidad a lo que los novelistas románticos escribían. De esta corriente podemos mencionar al mismo Manuel Payno, entre otros.

Después de la caída de Maximiliano apareció la novela escrita ya con determinada preocupación artística.

En 1867 Gabino Barreda introduce el positivismo en la educación mexicana, lo que influye en la producción literaria, pues éste se convierte en una especie de filosofía oficial. Es entonces cuando surge la transición del romanticismo al realismo, pero hay que señalar que el romanticismo no termina aún. Por su parte, "el realista trata de someterse a la realidad visible; pero lo más importante es que desea realizar su objetividad al margen de la obra".³

Y es precisamente en la novela realista en la que me apoyaré para realizar mi trabajo, ya que como se dijo antes las novelas no se escriben en el vacío, sino que se relacionan con el medio económico, político, social y religioso en el que la obra tuvo origen, y reflejan el ambiente de una época.

³ Brushwood, John S. México en su novela: una nación en busca de su identidad. México. Fondo de Cultura Económica. 1973. p. 223.

Después de hacer una revisión de la enorme lista de novelas, así como de los escritores de aquella época, seleccioné cuatro obras que consideré las más representativas de la vida cotidiana en la Ciudad de México y las que me proporcionarían mayor información. Además de que los cuatro escritores son de la corriente realista y hacen referencia a la gran diferencia de clases y a las costumbres mexicanas.

En las novelas seleccionadas vemos cómo se desarrollaba la vida cotidiana, sus tradiciones y sus costumbres; aunque debo insistir en que este trabajo es sólo una pequeña muestra de la vida social de esa época, con la finalidad de abundar más en lo conocido. Las cuatro novelas que trataré son: *Santa*, de Federico Gamboa; *Los parientes ricos*, de Rafael Delgado; *Baile y cochino*, de José Tomás de Cuéllar; y *La rumba* de Ángel de Campo.

Ángel de Campo nació el 9 de julio de 1868 en la Ciudad de México. A los veintidós años quedó huérfano de madre y tuvo que hacerse cargo de sus tres hermanos menores. Su ingreso a la Escuela Nacional Preparatoria fue definitiva para su vocación literaria, estimulada por el maestro Ignacio M. Altamirano. Realizó algunos estudios de medicina pero los abandonó por falta de recursos económicos, luego se dedicó a la docencia y siempre se mantuvo alejado de la política. Trabajó hasta su muerte en la Secretaría de Hacienda, en la que ocupó un cargo de poca importancia. Fue periodista, cuentista y novelista. Ángel de Campo vivió en la ciudad, la observó, la estudió y la describió de tal forma que México llegó a ser un personaje literario completamente identificado con él. Se le dio el seudónimo de "Micros" y "Tick Tack"

y revistas de la época, como el *Siglo XIX*, *El Correo de México*, *El Federalista*, *La Libertad*, *El Eco del Comercio*, *El Eco de Ambos Mundos*, *Semanario de Señoritas*, *Semanario de las Familias*, y otros. Asimismo, perteneció a varias sociedades literarias y científicas y llegó a ser subsecretario de Relaciones Exteriores. También escribió para el teatro: *Deberes y sacrificios*, *Arte de amar*, *Natural y figura*, *El viejecito chacón*, *¡Que lástima de muchachos!*, *Azares de una venganza*, *Un viaje a Oriente*, *Redención*, *Cubrir las apariencias* y *Una Pastorela*. En 1869, junto con José María Flores, publicó en San Luis Potosí el semanario *La Ilustración Potosina*, donde aparecieron sus novelas *Ensalada de pollos* y *El pecado del siglo*. Posteriormente fundó en la Ciudad de México el grupo Bohemia Literaria, y con el seudónimo de "Facundo" publicó la serie de seis novelas que llamó *La Linterna Mágica: Ensalada de pollos*, *Historia de Chucho el Ninfo*, *Isolina la exfigurante*, *Las jamonas*, *Las gentes que son así* y *Gabriel el cerrajero o las hijas de mi papá*. De 1889 a 1892 la casa de Miralles y Blanchard editó en Barcelona y Santander, en 24 volúmenes, la serie completa de *La Linterna Mágica*, que añade a las anteriores novelas *Baile y cochino*, *Los mariditos*, *Los fuereños* y *La Noche Buena*, además de algunos artículos y poemas. En sus obras se descubre una gran zagacidad para observar y poner en evidencia las ridiculeces, los prejuicios y las costumbres de la clase media. De Cuéllar es uno de los más destacados representantes del costumbrismo mexicano.

Rafael Delgado nació en Córdoba, Veracruz, el 20 de agosto en 1853, sus padres fueron don Pedro Pablo Delgado y doña María de Jesús Sáinz Herosa. Estudió hasta el quinto año en Orizaba, en el Colegio

de Nuestra Señora de Guadalupe. A los 11 años se llegó a la Ciudad de México e ingresó al Colegio de Infantes de la Colegiata de Guadalupe. Regresó a Orizaba en 1866 para terminar sus estudios preparatorios en el Colegio Nacional de Orizaba. En este plantel empezó a dar clases de Geografía, Historia General e Historia de México, y luego de Geografía Histórica, materia que él mismo creó; después impartió los de Lengua Española y Literatura, en los cuales se especializó. Estos cursos los impartió durante dieciocho años. También fue profesor de Lengua Castellana en el Colegio Preparatorio de Jalapa en 1901, y rector del Colegio Preparatorio de Orizaba en 1909; llegó a ser director general de Educación del estado de Jalisco en 1911 y miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua.

Escribió en su juventud algunos ensayos dramáticos. De los 16 a los 30 años cultivó la poesía lírica y sus versos fueron publicados en revistas y periódicos de Orizaba, así como sus primeros cuadros de costumbres y artículos literarios. En 1890 escribió su primera novela, titulada *La Calandria*. En 1893 publica *Angelina*. Entre 1894 y 1898 escribe para *El Tiempo*, *El País* y *La Revista Moderna*. En 1901 se edita *Los parientes ricos*, y por invitación de don José López Portillo y Rojas se hace cargo de la Dirección General de Educación Pública del Estado de Jalisco. Finalmente regresa a Orizaba, donde muere en 1914.

Rafael Delgado fue considerado uno de los escritores realistas mexicanos, aunque en sus novelas se advierte algo de influencia romántica. El escenario de *La Calandria* y *Angelina* es su tierra natal, mientras que *Los parientes ricos* es una novela donde la primera parte

se desarrolla en provincia y la segunda totalmente en la ciudad, lo cual también nos marca la diferencia de clases.

"Sin dejar la poesía se dedica a la narrativa, escribiendo relatos breves, cuentos ficticios o basados en hechos históricos o reales, así como retratos, cuadros y escenas costumbristas, que redacta atildadamente, y a menudo como su primer paso hacia la obra de mayor envergadura, la novela".⁵

Federico Gamboa nació en la Ciudad de México el 22 de diciembre de 1864 y murió el 15 de agosto de 1939. De niño vivió en Nueva York, donde comenzó sus estudios, que después terminó en México en la Escuela de Jurisprudencia. Ingresó al periodismo como traductor de inglés, posteriormente fue gacetillero, reportero y cronista teatral. En 1889 fue secretario de la Legación de México en Guatemala. De 1908 a 1911 fue subsecretario de Relaciones Exteriores, y durante el gobierno de Victoriano Huerta ocupó el puesto de Secretario de esa misma dependencia. Al triunfo de la revolución fue desterrado, y a su regreso en 1923 vivió dedicado a sus cátedras de literatura y derecho internacional y a su trabajo en el periodismo. A Federico Gamboa se le reconoce principalmente como novelista. De 1924 a 1939 ocupó la dirección de la Academia Mexicana de la Lengua.

⁵ García Barragán, Ma. Guadalupe. Rafael Delgado. Obras. México, UNAM, 1986. p. x.

Para el teatro escribió *La última campaña*, *Divertirse*, *La venganza de la gleba*, *A buena cuenta* y *Entre hermanos*. En 1903 publicó su novela *Santa*, que le dio renombre la cual se reimprimió varias veces y fue llevada al cine. La obra causó gran controversia porque para esos años era una novela muy “subida de color”. Sus memorias fueron publicadas con el título de *Mi diario* en cinco volúmenes de gran interés, que contienen valiosos datos para la historia del país y de las letras mexicanas.

De estos cuatro escritores analicé una de sus obras para comprender cómo era la Ciudad de México, las viviendas, lo que se comía y se bebía; la forma de vestir y la moda; los paseos y otras diversiones, pues “la novela se presenta especialmente para expresar la realidad visible como aquellos elementos de la realidad que no están a la vista”.⁶

⁶ Brushwood, John S. *Op. cit.*, p. 9.

CAPÍTULO I

EL PORFIRIATO: ASPECTOS GENERALES

Las primeras tres cuartas partes del siglo XIX fueron para México una época de luchas constantes, de invasiones extranjeras, de inestabilidad política y social. El pueblo mexicano estaba hastiado del desorden y la guerra, pero todos los esfuerzos por pacificar a la nación no se vieron consolidados sino hasta el periodo conocido como el "porfiriato", que abarca de 1876 a 1910.

En 1871, inconforme con la reelección de Benito Juárez, Porfirio Díaz se levanta en armas con su "Plan de la Noria", proclamando la "no reelección", pero es derrotado. En 1872, al morir Juárez, asume la presidencia Sebastián Lerdo de Tejada, y en 1876, cuando éste busca la reelección, Díaz vuelve a rebelarse, ahora con su "Plan de Tuxtepec", y en esta ocasión sí logra tener éxito. Así, el 21 de noviembre de 1875 entra triunfante a la Ciudad de México.

La política de Díaz se proponía establecer el orden como plataforma para conseguir el progreso material de México. También ofrecía reformar la Constitución de 1857, y "el 5 de mayo de 1877 se convirtió en presidente constitucional democráticamente electo".⁷ En el cuatrienio de 1880 a 1884 ocupó la presidencia Manuel González y para el siguiente periodo se postuló nuevamente Porfirio Díaz, como lo mostraba un diario: "Haciéndose eco de la voluntad nacional, postula

⁷ Krause, Enrique. Porfirio Díaz. La ambición, tomo III. México. Editorial Clio. 1993. p. 54.

para presidente de la República en el próximo cuatrienio al Señor General Porfirio Díaz”.⁸

En octubre de 1887 el Ministro de Fomento, Carlos Pacheco, sometió al Congreso un proyecto de ley para que se permitiera la reelección, y así “el artículo 78 quedó reformado en los siguientes términos: El presidente entrará a ejercer sus funciones el 1° de diciembre y durará en su cargo cuatro años, no pudiendo ser reelecto sino cuatro años después de haber cesado en sus funciones”.⁹ Posteriormente, en 1890, se volvió a reformar la Constitución con el fin de aprobar la reelección indefinida, de modo que el general Díaz pudo mantenerse en el poder durante varios periodos sucesivos: 1888, 1892, 1896, 1900, 1904 y 1910, este último sin completar.

1. Paz y progreso

Porfirio Díaz pacificó al país usando la fuerza contra los generales sediciosos, los indígenas rebeldes y los soldados bandoleros que alteraban la tranquilidad pública.

A pesar de que en sus primeros tres años de gobierno (1877-1879) hubo levantamientos armados que pedían el regreso de Lerdo de Tejada en Coscomatepec, Colotlán, Nuevo Lerdo, El Paso, etcétera, éstos no representaron mayor problema, pues fueron apaciguados rápidamente. Para “controlar la ambición de ciertos sectores del ejército y garantizar su lealtad, Díaz nombró jefes de zonas militares y posteriormente gobernadores a los principales generales que combatieron en la intervención”.¹⁰

⁸ El Día. Tomo I. 2ª. Época. núm. 1, México, octubre 5 de 1883. p. 1.

⁹ Madero. Francisco I. La sucesión presidencial (Colección Ideas). México, Editorial Offset. 1985 p. 124.

¹⁰ Krause. Enrique. *Op. cit.*, p. 58.

Los caminos se limpiaron de malhechores, cayeron los ladrones y se reprimieron las rebeliones militares, sólo quedaron las revueltas de indígenas, cuya lucha era por la tierra. Un factor importante que contribuyó a mantener la paz fue la implantación de diversas leyes, aunque también se practicaba indiscriminadamente la “ley fuga”.

Lo que Díaz dio a México fue paz, una paz que ansiaba el pueblo. Así, con orden y pacificación, los recursos naturales con los que contaba el país y los aportes de la emigración europea llevarían a México al progreso económico.

2. La política

En su primer periodo de gobierno el general Díaz se dejó influir por varios políticos, como Protasio Tagle y Justo Benítez. Y entre 1877 y 1880 Díaz no supo o no pudo manejar su gabinete, cambiando frecuentemente de ministros. “Para seis secretarías de Estado usó 22 secretarios en menos de un cuatrienio. Tuvo siete secretarios de Hacienda, cuatro de Relaciones Exteriores, cuatro de Gobernación, cuatro de Guerra, tres de Justicia e Instrucción Pública, y uno que no terminó, de Fomento. De los seis secretarios originalmente ninguno llegó al final”.¹¹

¹¹ Historia General de México. Tomo II. México. El Colegio de México. 1981. p. 934.

La política de Díaz buscaba establecer la paz, atraer al capital extranjero, colonizar ciertas regiones, continuar la construcción de ferrocarriles, la venta de terrenos baldíos y el saneamiento de la hacienda pública. Después de consolidar la paz, “la agricultura, la minería, la industria y el comercio pudieron desarrollarse libremente; los capitales que estaban ocultos fueron invertidos en el desarrollo de diferentes empresas y se empezó a sentir una oleada de bienestar en la República”.¹²

El Estado, a través del tiempo, llegó a consolidarse de manera significativa mediante deliberados reajustes políticos y administrativos. El ejército y la policía, es decir los organismos de control, se reorganizaron y subordinaron explícitamente a la autoridad del gobierno central, que los utilizaba para garantizar el orden. Hacia 1890, los gobernadores y diversos funcionarios estatales se encontraban bajo el control del gobierno central; uno de los más importantes instrumentos para la adquisición de poder de parte del gobierno central era el puesto de jefe político, que combinaba los poderes ejecutivo y judicial en el nivel local.

Una política de reconciliación con la Iglesia le permitió al gobierno disfrutar del apoyo indirecto de esta institución. Los banqueros, los industriales y los grandes terratenientes eran favorecidos por la política del régimen, y constituían una base para el gobierno.

¹² Madero, Francisco I. *Op. cit.*, p. 136.

3. La economía

Durante el régimen del general Porfirio Díaz el progreso económico no pudo ocultar que la economía había entrado en el periodo semicolonial del capitalismo.

Díaz empeñó todos sus esfuerzos en enganchar a México a la locomotora del progreso, y con ese fin dio facilidades al capital extranjero para que industrializara al país y explotara nuestros vastos recursos. La clave para el progreso económico era la política de inmigración.

Se construyó una infraestructura económica con vías de comunicación ferroviaria, y se establecieron los rudimentos de una base industrial. También tomó forma un sistema de comercialización nacional e internacional. En efecto, la nación estaba iniciando su transformación de una sociedad tradicional a una moderna. Este proceso se intensificó de 1890 a 1911, época en que se registraron los más importantes avances económicos.

Es necesario aclarar que durante este periodo México no tuvo un desarrollo económico, pero sí un progreso económico; es decir, hubo un gran avance en los diferentes sectores de la economía, pero los beneficios jamás llegaron al pueblo mexicano. Solo se enriqueció una parte de la población, que eran los inversionistas extranjeros o gente de recursos. A esto se debía la gran desigualdad social que existió durante todos esos años.

a) *Inversión extranjera*

Para lograr el progreso económico era necesario atraer capital extranjero, por lo que el Secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio L. Vallarta, se encargó de efectuar los pagos que se le debían a Estados Unidos, demostrando que el gobierno sí tenía voluntad. Con ello el gobierno logró el reconocimiento de varios países: “Tanto el reconocimiento de Bélgica e Italia, como de los mismos Estados Unidos y España a nuestro gobierno en recientes fechas, así como los tratados con Inglaterra para negociar nuestras deudas con este país, al igual que diversos contratos con compañías americanas para diferentes empresas, son suficiente garantía para los inversionistas extranjeros”.¹³ Alemania, El Salvador, Guatemala, Italia, España y Francia también dieron su reconocimiento al gobierno mexicano.

Según Cosío Villegas, México quería hacer de Europa una fuerza moderadora en su política exterior y de Estados Unidos buscaba un apoyo moral, un respaldo político y una ayuda económica.

“El gobierno que quería fortalecer el intercambio con Estados Unidos y más aún con Europa, suscribió tratados con Alemania en 1882, con Estados Unidos en 1883 y con Francia en 1886. Entonces las importaciones excedían francamente a las exportaciones. El déficit de la balanza mercantil se compensaba con la entrada de capital forastero”.¹⁴

Los primeros capitales que llegaron a México en 1823 fueron ingleses; a partir de 1874 se incrementaron, y se estabilizaron entre 1880 y 1890. En 1876 viene el capital francés para ser invertido en

¹³ “Invierta en México” en: Tiempo de México. *Op. cit.*, núm. 19.

¹⁴ Historia General de México. *Op. cit.*, p. 945.

ferrocarriles, bancos y minas, y crece entre 1885 y 1910. A partir de 1884 Alemania empieza a invertir en México y en 1887 se establece el Banco Alemán Trasatlántico.

Poco a poco México fue invadido económicamente por diversas potencias, principalmente los Estados Unidos. *El Nuevo Nacional* opinaba que: "Por muchos años se ha clamado contra la falta de capital que viniera a dar impulso a los muchos elementos de riqueza que encierra este país y que se mantenían inexplorables por la falta de capital; se ha llegado a vencer esa gravísima dificultad, se logró que vinieran los millones de extranjeros para construir las grandes vías férreas, y a la sombra de esa iniciativa se han organizado innumerables compañías para la explotación de muchas minas, tomando gran incremento ya la exportación de mineral argentífero y aún aurífero por miles de toneladas al año".¹⁵

Los capitales norteamericanos ascendieron a 1 057 millones de dólares, mientras los capitales ingleses a 321 millones. Las empresas del capitalismo extranjero emplearon esas sumas, primero en ferrocarriles y en menor escala en agricultura, minería, petróleo y textiles. Claramente, nuestro vecino del norte fue el país que más invirtió en tierra mexicana.

b) Los bancos

En 1897 el ministro José I. Limantour logró que se expidiera la Ley General de Instituciones de Crédito, con la cual se desarrolló el sistema mexicano.

¹⁵ El Nuevo Nacional, Tomo I, núm. 26, México, 1º de febrero de 1888, p. 1.

En 1882 se establecieron el Banco Nacional Mexicano y el Banco Mercantil Mexicano. Para 1884 estos dos bancos se unen y se forma el Banco Nacional de México, el cual se convierte en la banca oficial, encargada de recaudar impuestos públicos, cobrar las deudas públicas y el servicio de las operaciones de la Tesorería General y de hacer préstamos al gobierno. Ese mismo año se prohibió la apertura de nuevos bancos mediante el Código de Comercio, el cual dispuso que sólo el gobierno podía autorizar el establecimiento de bancos, y que la emisión de billetes no debería exceder el capital exhibido por los accionistas, entre otras limitaciones más.

c) Medios de comunicación

Los ferrocarriles eran los representantes o introductores del progreso, y por ello recibieron toda clase de apoyos: "Se anuncia en El Paso que este mes comenzarán los trabajos en el proyectado ferrocarril de El Paso, San Luis y Chicago. Un cuerpo de ingenieros saldrá inmediatamente de aquella ciudad con el fin de practicar las mensuras preliminares".¹⁶

¹⁶ El Monitor Republicano. Año XXXVI. Quinta Época. núm. 10. México. 12 de enero de 1886. p. 3.

Gracias a la red ferroviaria México tuvo un creciente intercambio con Estados Unidos. El general Díaz había recibido una red ferroviaria de 640 kilómetros; para el segundo periodo presidencial se añadieron otros 3 000 kilómetros, y ya en la década de 1877-1887 se construyeron en promedio 700 kilómetros por año.

El crecimiento de la red ferroviaria fue un punto clave para el progreso alcanzado en ese periodo, ya que dicha red favoreció tanto el comercio interior como el exterior.

La red telegráfica medía en 1877 unos 1 000 kilómetros, pero diez años después llegó a alcanzar no menos de 40 000. Se atendieron también los caminos carreteros, las obras portuarias y los transportes marítimos.

d) *Minería*

Bajo el régimen porfirista la minería alcanzó un auge extraordinario. Este sector de la economía fue el que más necesitó de empresarios con grandes recursos, ya que para la exploración y explotación se requería de maquinaria moderna, así como de una gran cantidad de obreros especializados que cobraban salarios muy altos.

Los metales preciosos se obtuvieron en cantidades crecientes. El carbón, indispensable para la industria y los ferrocarriles, se extraía de Coahuila y Chihuahua, aunque se seguía importando una parte de Estados Unidos para satisfacer la demanda.

El inglés Weetman Pearson y el norteamericano Edwardo L. Doheny fueron los iniciadores de la explotación del petróleo. El general Díaz expidió una ley el 24 de diciembre en 1901 en la cual autorizaba a éstos a trabajar en terrenos nacionales y baldíos. Esta ley declaraba

libres de impuestos los productos naturales y los refinados o elaborados, y la maquinaria importada para la industria, por una sola vez.

Estadísticamente los metales industriales como el cobre, el plomo, el antimonio, el mercurio y el zinc, para 1900 representaban el 90% de la producción; y los combustibles como el carbón y el petróleo el 9%, siendo el fierro y el grafito el 1%.

La explotación petrolera comenzó a adquirir gran importancia. Por ejemplo, en 1900, en Tampico: "Edward L. Doheny acaba de anunciar en este puerto que descubrió, a treinta kilómetros de aquí, una región que producirá en cantidades ilimitadas, aquello de lo que el mundo tiene mayor necesidad: petróleo".¹⁷

e) Agricultura

La agricultura pasó de un mercado local a uno regional, luego nacional, y finalmente a uno internacional.

Los fenómenos climatológicos cíclicos afectaron la producción agrícola. Hubo malos tiempos en los años de 1883, 1892, 1896, 1900, 1904, y 1910, lo que trajo como consecuencia la escasez del maíz y la necesidad de importarlo. La producción de trigo también bajó en los años de 1877 a 1907, aunque este descenso sólo afectó a una pequeña población menor que consumía pan.

Los alimentos que constituían la dieta del mexicano eran el maíz, el frijol, el chile y el arroz; su producción se consumía casi totalmente en México. "En la agricultura el progreso sólo se produjo en un sector: en

¹⁷ "La era del petróleo" en: Tiempo de México. *Op. cit.*, núm. 22.

el destinado a materias primas exportables”.¹⁸ Así, aumentó la producción de plátano y cítricos, y de algunas otras frutas como melón y sandía.

El azúcar aumentó al crecer su consumo, lo mismo que el del aguardiente. En 1906 se creó la Bolsa Azucarera de México.

El algodón se cultivaba en Veracruz, Oaxaca, Guerrero, Michoacán, Jalisco, Tepic, Sonora, Sinaloa, el noroeste de Nuevo León y Tamaulipas, pero a pesar de las grandes cantidades que se producían no eran suficientes para cubrir las necesidades. “Con el algodón nos sucede lo que con muchos de nuestros productos naturales, por causas, cuya persistencia extraña al observador atento. Con extensas zonas propias para el cultivo del algodón en grande escala, con inmensas proporciones de tierra de abundante riego y ventajosamente preparadas por la naturaleza para la producción, nuestras cosechas no bastan, ni con mucho, a satisfacer nuestras necesidades industriales. Después de consumir lo poco que producimos tenemos que apelar al recurso de importar la materia prima de los Estados Unidos en cantidades relativamente grandes”.¹⁹

Por su parte, el tabaco empezó a aumentar su producción a partir de 1892; este producto era casi en su totalidad de consumo interno.

Se exportaba café, maderas finas y henequén; de este último se cuadruplicó el volumen y el valor de la exportación, y fue uno de los productos que originó grandes riquezas. “Durante el mes de mayo último salieron del puerto de Progreso, con destino a Estados Unidos,

¹⁸ Historia General de México. *Op. cit.*, p. 1010.

¹⁹ El Día, Tomo I, núm. 9, México, 27 de abril de 1890, p. 1.

La Habana y Europa, 14 549 pacas de henequén, representando un peso de 5 033 419 libras”.²⁰

El azúcar, el algodón, el tabaco, el cacao y las oleaginosas fueron productos de gran importancia por la materia prima que de ellos se extraía y se utilizaba en el comercio o en la industria.

f) Ganadería

Con el avance económico, el aumento de la población y la concentración urbana, la ganadería se transformó y logró acrecentarse. Aumentó el consumo de leche y de carne. Se importaron pies de cría y sementales de buena calidad. La ganadería del norte del país alcanzó un gran auge. Pero “la ganadería no progresa técnicamente; crece, vende carne y cueros, exporta animales en pies y pieles, y rara vez importa bovinos finos”.²¹

g) Industria

La industria pudo desenvolverse gracias al ingreso de capital extranjero, al aumento de la población y a la red de comunicaciones. La industria de México fue de dos tipos: una pequeña industria desorganizada, los pequeños talleres; y una industria organizada en donde se empleaba la técnica, las fábricas.

Se creó en la industria el monopolio del papel, mientras que las fábricas de hilados y tejidos ocupaban a más de 32 mil obreros. Cuando empieza a crecer la demanda de productos textiles, aumentan las fábricas en Puebla, Tlaxcala, Veracruz e Hidalgo. La

²⁰ *El Día*. Tomo I, núm. 29, México, 6 de julio de 1890, p. 3.

²¹ *Historia General de México. Op. cit.*, p. 967.

industria fabril creció poco a poco a través de recursos nacionales, en las propias manufacturas, o bien por la inversión de capitales extranjeros.

Los ramos textil, peletería y calzado; azúcar, productos alimenticios, destilerías y plantas vitivinícolas; cervecería, aceites y jabones, cemento, siderurgia, loza, vidrio, entre otras, fueron las que utilizaron la técnica más avanzada.

A partir de 1887 se desarrolló la industria cafetera. El henequén de Yucatán obtuvo en 1896 un sitio importante en el mercado mundial. En San Luis Potosí y Monterrey se impulsó la metalúrgia.

Podría decirse, en resumen, que México debe el crecimiento de su industria al régimen del general Porfirio Díaz.

h) Los latifundios

En 1883 se expidió la Ley de Baldíos, que “se tradujo en darle cobertura legal a un verdadero saqueo de los pobres por parte de los ricos. Los indios y los campesinos salieron perdiendo. Aquéllos sufren en el destierro o son ya cadáveres; éstos son peones, eufemismo nacional para designar al esclavo. Las tierras ejidales se transformaron en latifundios. Y como resultado México es propiedad de unas cuantas familias”.²²

²² “La Ley de Baldíos” en: Tiempo de México. *Op. cit.*, núm. 22.

Varios extranjeros, particularmente los capitalistas norteamericanos, adquirieron grandes extensiones de terreno e impidieron el desenvolvimiento de la pequeña propiedad. Se calcula que más del 40% del área total del país estaba repartida en seis mil latifundios.

Los grandes hacendados adquirieron vastas extensiones de tierra a costa de la propiedad de la gente del pueblo y de los pequeños propietarios, mientras, los campesinos se vieron en la necesidad de vender su trabajo a los latifundistas por un pago miserable.

4. La iglesia

Durante el periodo de la República Restaurada la Iglesia había perdido el poder que hasta entonces había tenido. En el porfiriato los esfuerzos de la Reforma quedaron nulificados: el clero gozó de poder y riqueza, y poco a poco fue recuperando sus propiedades y su antigua influencia.

Porfirio Díaz permite las manifestaciones del culto en calles y plazas; y mientras crece el número de sacerdotes y obispos, en 1878 regresan a México los jesuitas. "El clero se dedicó sin contratiempos a sus quehaceres habituales de expedir sermones, administrar sacramentos, reunirse en concilios y sínodos, coronar imágenes, rezar, hacer iglesias, fiestas de santos patronos".²³

²³ Historia General de México. *Op. cit.*, p. 948.

La iglesia logró también abrir nuevos seminarios y organizó la Universidad Pontificia, y, por otra parte, se mantenía en contra de la filosofía positivista porque ésta representaba una amenaza para la fe católica en México.

5. La educación

En 1867 Gabino Barreda, discípulo de Augusto Comte en París, introdujo la doctrina y el método positivista en la Escuela Nacional Preparatoria. “El positivismo como sistema educativo adoptado en la Escuela Nacional Preparatoria fue la cuestión que afectó principalmente en la Ciudad de México, a la opinión pública por los años de 1880”.²⁴

A pesar de que se establece la obligatoriedad de la instrucción primaria, su gratuidad y laicismo, tal instrucción no llega a la totalidad de los mexicanos, ya que la mayoría de las escuelas pertenecen al clero.

²⁴ Raat. William D. El positivismo durante el porfiriato (SepScientas. 228). México. Sep/Stentas. 1975. p. 71.

La educación se dio principalmente a la clase media de la Ciudad de México. Se hicieron pocos esfuerzos por la educación indígena y rural. Por el contrario fue la época de oro de la escuela de enseñanza media superior y se pusieron de moda las escuelas normales de señoritas; en cuanto a la enseñanza técnica y profesional no hubo mejoría.

6. Prensa

Los periódicos clásicos eran el *Monitor Republicano*, *El Siglo XIX* y *La Voz de México*, y los modernos *El Diario de Hogar*, desde 1881, y *El Tiempo*, desde 1883. Los periódicos tenían libertad de expresión, pero conforme pasaban los años ésta era cada vez más limitada. En 1885 fueron suprimidos los jurados de imprenta.

Mediante el uso de la ley el gobierno estaba en posición de obstaculizar a los periódicos que le mostraban hostilidad, y a través de subsidios sostenía a una prensa de amplia circulación y que lo apoyaba con entusiasmo. Los banqueros, los industriales y los grandes terratenientes, quienes se veían favorecidos por la política del régimen, constituían el más firme apoyo del gobierno.

7. Los científicos

En 1888 Díaz empezó a rodearse de gente más joven, técnica, urbana y "fina"; a esta nueva generación se le dio el nombre de los "científicos". Algunos eran licenciados, maestros, periodistas, poetas, historiadores, etcétera; entre ellos podemos nombrar a Rafael Reyes Espíndola, Joaquín Baranda, Diódoro Batalla, Teodoro Dehesa, Sierra Bulmes y Emilio Rabasa.

En su mayoría los científicos eran positivistas, pero no formaban un partido político sino una camarilla informal de individuos que se dedicaban a actividades políticas, burocráticas, jurídicas y empresariales, y que actuaban juntos operando diferentes palancas de poder para su provecho colectivo e individual.

Durante el periodo de 1890 a 1911, en el debate intelectual participaban positivistas, humanistas, cristianos, liberales y conservadores. El positivismo, aunque ponderado y conveniente, era tan sólo una de las corrientes ideológicas y no necesariamente la más aceptada. El liberalismo en sus muchas variantes, si bien era puesto en tela de juicio en algunos de sus conceptos básicos, era todavía el hilo más fuerte de la urdimbre multicolor del pensamiento mexicano. El anarquismo y el socialismo, casi siempre en su forma más utópica, tenían partidarios y propagandistas, y en los últimos años del régimen, el idealismo y el institucionalismo también tuvieron gran difusión, sobre todo entre los jóvenes.

El fermento intelectual de la nueva generación se manifestó en las páginas de la revista *Savia Moderna*, que apareció en 1906, la cual tenía como punto de partida decisivo el positivismo mexicano. Después se decidió la formación de una asociación en cuyo programa se incluían reuniones, conferencias y discusiones públicas; se organizó en octubre de 1909 y se llamó "El Ateneo de la Juventud". Los ateneístas reflejaban las inquietudes y las actitudes críticas que entonces prevalecían y que marcaron una nueva etapa en el ámbito intelectual. Se había propuesto definir, tal como Vasconcelos llegó a interpretar en nombre del grupo, el carácter nacional, así como una estructura ideológica donde México quedara integrado.

8. Cultura

La paz porfiriana fue provechosa para la cultura. Se avanzó en las ciencias, las artes y la técnica; se fundaron academias, teatros, museos y asociaciones artísticas y científicas. Hubo una marcada influencia de la cultura francesa en la arquitectura de edificios y monumentos.

“Se imponía en la arquitectura el *art nouveau*, el impresionismo en la pintura; los dibujos de Ruelas y la música de los seis”.²⁵

José Ma. Velasco plasmó en sus cuadros el paisaje mexicano; Saturnino Herrán pintó una serie de cuadros con gente del pueblo, y surgieron músicos como Juventino Rosas, Ricardo Castro y Felipe Villanueva.

Hubo grandes novelistas como Federico Gamboa, cuentistas como Ángel de Campo, y poetas como Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón y Amado Nervo, que se dedicaban a describir el paisaje de México. En este periodo se favoreció la alta cultura, protegiendo en forma directa o indirecta a los escritores y poetas que se mantenían sumisos o adictos al régimen.

²⁵ Historia General de México. *Op. cit.*, p. 979.

9. La sociedad

La población de México estaba integrada por una tercera parte de indios; por algo más de una tercera parte de mestizos, y el resto lo componían blancos de diversas procedencias y otras etnias.

Había una gran desigualdad: ricos muy ricos y pobres demasiado pobres. “La superioridad y riqueza de algunos se basó en la inferioridad y pobreza de otros”.²⁶

La aristocracia la conformaban los inversionistas, los latifundistas, los hacendados y los grandes comerciantes quienes vivían en modernas colonias y en casas estilo europeo; los ricos, nacionales o extranjeros, ostentaban su soberbia y su riqueza. Los ricos construían palacios y lujosos edificios destinados a usos comerciales; se ensancharon y pavimentaron las calles del Centro; se demolieron los portales tradicionales; fuentes y acueductos fueron derribados para colocar cañerías subterráneas y se introdujo el alumbrado eléctrico.

La población se clasificaba en rural y urbana, siendo más numerosa la primera. Empezaba a formarse la clase media, constituida en su mayor parte por la burguesía, y de ella provenía el sector ilustrado, es decir los intelectuales que tenían gran ambición social y económica. Esta clase media, a base de grandes esfuerzos, aparentaba una situación desahogada para poder ser reconocida como gente “decente”.

Los pobres, por su parte, vivían en horrendas vecindades con sus múltiples lavaderos y tendidos. Los “pelados” servían en fábricas, talleres y como domésticos; muchos vivían del pequeño comercio. El

²⁶ *Ibidem*. p. 970.

trabajo de los artesanos fue sustituido por el de las fábricas, aunque no completamente.

Por darles a los inversionistas un pedazo de tierra, algunos pequeños propietarios perdieron sus predios; muchos campesinos fueron despojados de sus tierras por las compañías deslindadoras y se vieron obligados a trabajar en las haciendas, donde las condiciones de trabajo eran sumamente penosas: las casas eran antihigiénicas, el salario insuficiente y no había escuelas. La tienda de raya era una institución en la que el campesino compraba artículos y los pagaba con trabajo; las mercancías eran vendidas a precios muy elevados, pues de esa manera se ataba al trabajador por meses y aun por años. A veces la deuda pasaba de padres a hijos.

Los comuneros de las zonas indígenas nunca alcanzaron el bienestar, como tampoco los obreros y los empleados.

En la dictadura porfirista la oligarquía dominante tenía todos los privilegios, y sólo ella recibía los beneficios del progreso cultural y de la riqueza económica. En resumen, en México hubo prosperidad desde 1888 hasta 1904, pero la tranquilidad económica mexicana sólo benefició a unos cuantos.

10. Diversiones

“La diversión alcanzó entonces momentos cumbres; la ópera con Adelina Patti y el tenor Tamagno; las funciones teatrales con Virginia Fábregas, Andrea Maggi y Ma. Guerrero; los conciertos con Padereusia; los espectáculos frívolos con Lilly Clay y su grupo de bailarinas jóvenes y descocadas; las tandas del Principal; los combates de flores en el Paseo de la Reforma; las exposiciones

anuales de plantas y flores en San Ángel; las carreras en bicicletas; el ballet o 'pantomima lírica'; los suntuosos bailes en el Palacio, las embajadas y los palacetes".²⁷

La clase alta pasaba sus tiempos de ocio en el Casino Nacional o en el Jockey Club, y en los cafés y restaurantes ubicados en el Centro.

La élite y la clase media tenían otras diversiones, como la ópera de Ángela Peralta, y el teatro, donde se presentaron tragedias de Shakespeare traídas por la compañía de Leopoldo Bruno. También, para diversión de los ricos, surgieron las zarzuelas.

Las corridas de toros y los "sports" (deportes) eran disfrutados por la clase media y principalmente por la aristocracia, aunque las primeras, junto con las peleas de gallos, fueron prohibidas en 1877 en Chihuahua, Michoacán y Guanajuato, y en 1879 en Jalisco. Aun así, con permiso del gobierno porfirista, hubo algunas corridas de toros. Uno de los toreros más renombrados era Ponciano Díaz.

Los deportes de moda eran el ciclismo, el jai alai (frontón), natación, patinaje, esgrima, golf, alpinismo, polo, tiro al blanco, fútbol, beisbol, carreras de caballos y equitación.

En 1886 empiezan a hacerse tradición los bailes suntuosos. Las diversiones de los capitalinos eran el circo, los paseos por La Alameda, Chapultepec, Reforma y el atrio de la Catedral.

En 1878 hubo diversas exhibiciones, como la del fonógrafo, y se iniciaron los espectáculos acrobáticos en globo. El circo más importante, el "Orrín", presentaba grandes números, como las patinadoras Austin, y la mujer mosca, entre otros.

²⁷ *Ibidem.* p. 979.

En las tardes las familias salían de visita y por la noche algunas se reunían en amenas veladas hogareñas.

La gente del pueblo no tomaba parte en las diversiones de los ricos y la clase media.

CAPÍTULO II

LA CIUDAD DE MÉXICO

El lema del porfiriato era “paz, orden y progreso”, y de acuerdo con ello lo primero era conseguir la pacificación para que los extranjeros se animaran a invertir en el país. Porfirio Díaz buscó siempre llevar a México por el mundo del progreso, y se preocupó por embellecer y urbanizar la ciudad de México. “Para 1880 la ciudad contaba con más de 300 000 habitantes”.²⁸ Los trabajos de mejoramiento empezaron en 1880 con el adoquinamiento de varias calles y el trazo de algunas avenidas, lo que implicó destruir edificios coloniales muy valiosos; asimismo, el Paseo de la Reforma se embelleció con grandes estatuas. Posteriormente surge también la preocupación por mantener limpia la ciudad: “Se ha organizado en esta capital una compañía que se propone, mediante una cuota equitativa que le satisfarán los propietarios que acepten sus servicios, hacer el aseo de las calles de la ciudad, diariamente; para cuyo trabajo ha encargado ya del extranjero máquinas barredoras y carros de riego, que harán su tarea con la perfección y rapidez propia de las máquinas, a las horas en que las calles son menos transitadas”.²⁹

En 1899 la ciudad empezó a crecer, y para esos años ya contaba con “tres alamedas, doce avenidas, 442 calles, 128 callejones, dos jardines, cuatro paseos, once plazas y treinta y una plazuelas”.³⁰ La superficie que ocupaba la capital limitaba al norte con las calles de

²⁸ Gortari Rabiela, Hira. La ciudad de México. Antología de lecturas siglos XIV-XIX. México, SEP, 1995, p. 158.

²⁹ El Día, Tomo I, núm. 65. México, 8 de marzo de 1891, p. 3.

³⁰ “Crecimiento de la Capital” en: Tiempo de México. *Op. cit.*, núm. 22.

Granada, Constanca, Estrella y Carpio y la plaza de Santiago; al sur con el barrio de Romita y las plazas de San Lucas y Santo Tomás. Al oriente con la plaza de la Candelaria y la estación del ferrocarril interoceánico, y al poniente con el monumento a Cuauhtémoc y las calles de Industria y Sabino.

Los obreros se concentraron en el noreste, es decir en las colonias carentes de servicios y seguridad, como la Morelos, la Valle Gómez, La Bolsa y el Rastro. Los pobres se asentaron en la famosa colonia Santa Julia, y la clase media en la San Rafael y de los Arquitectos. Para los ricos estaban las colonias Juárez, Cuauhtémoc y Roma, que contaban con buenos servicios.

Desde 1876 tuvieron un gran cambio los transportes urbanos y suburbanos. "En México los tranvías eléctricos fueron autorizados por el gobierno a una compañía inglesa, desde julio de 1898; pero el servicio público se inauguró hasta el 15 de enero de 1900".³¹ En esos años el tranvía eliminó al tren de mulas. El tranvía pasaba cada veinte minutos. "A la derecha y no muy lejanas, oíanse las cornetas de los tranvías, que a lo largo del acueducto iban para Tacubaya y San Ángel".³² El periódico *El Día*, por ejemplo, anunciaba los horarios de las salidas de los tranvías: "Tacubaya.- Los viajes para este punto son cada veinte minutos, desde las cinco y veinte de la mañana, a las seis de la tarde y desde esta hora a las ocho de la noche cada media hora. De Tacubaya para México son también los viajes cada veinte minutos, de las seis y diez de la mañana en que se hace el primero, a las cinco

³¹ Álvarez, José María. Añoranzas: el México que fue. México. Imprenta Ocampo. 1948. p. 161.

³² Delgado, Rafael. Los parientes ricos. México. Editorial Porrúa. 1992. p. 258.

cincuenta de la tarde y de esta hora a las ocho de la noche cada hora”.³³

También existían los carruajes, de los que Rafael Delgado nos habla así: “Sonó la portezuela al cerrarse, sonó como ese ruido seco, sordo y aristocrático, que en las altas horas de la noche y en las calles silenciosas suele delatar al carruaje rico y hermoso: subió el lacayo al pescante, y el soberbio tren avanzó lentamente entre los otros muchos, por la estrecha y concurrida calle. Paróse a poco, para dar paso a un tranvía, cuyo silbato detenía a los transeúntes en ambas aceras”.³⁴

En 1888 se inició la difusión de la electricidad y a principios del siglo toda la iluminación ya era eléctrica, con lo que desaparecieron las lámparas de gas hidrógeno y las de trementina y nafta. “Según leemos en un periodico de la capital, el alumbrado eléctrico se extiende ya hasta la plazuela de Buenavista y pronto llegará a San Cosme. Estima ese colega como una verdadera mejora digna de aplauso la prolongación de ese alumbrado”.³⁵

Por otra parte, se instaló la red telefónica, pero con costos muy altos: “cinco pesos mensuales por teléfono particular ordinario, seis por aparato comercial o suburbano y ocho por particular privado”.³⁶ Se puso en marcha el servicio del telégrafo y el de correos, el cual contaba con cuatro buzones y dos turnos con las salidas de correspondencia al extranjero. También se iniciaron las obras del desagüe, del drenaje y del agua potable. El 15 de julio de 1891 se

³³ El Día. Tomo I. núm. 1. México, junio 20 de 1883. p. 1.

³⁴ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 233.

³⁵ El Monitor Republicano. Año XXXVI. Quinta Epoca. núm. 102, México, julio 31 de 1886, p. 2.

³⁶ Cosío Villegas, Daniel. Historia Moderna de México. México, El Colegio de México, p. 694.

expidió un código para mejorar las condiciones sanitarias en que vivían los habitantes, ya que la falta de higiene provocaba muchas enfermedades (por ejemplo, había un baño público por cada 15 mil personas).

El *Tiempo de México* nos dice que: “El foco eléctrico, limpio y eficaz, acaba con la inmundicia de las velas de sebo y los quinqués. El agua corriente evita las molestias de acarrearla desde el pozo o el río. El teléfono permite a las señoras largas conversaciones sin salir de su casa. No acabaríamos de enumerar todas las ventajas que nos ha traído este siglo maravilloso”.³⁷

Además del adelanto alcanzado en los medios de comunicación y en los servicios, Díaz quiso convertir a México en el “París de las Américas”: “La vieja ciudad fue parcialmente sustituida por una *ville* francesa de hoteles -en sentido de casas particulares- pasajes o arcadas, edificios públicos y monumentos neorenacentistas, adoquines, bombillas de alumbrado. Se demolieron los acueductos y las fuentes de Bucareli y la Tlaxpana. El hierro, usado por primera vez en 1855 en el puente sobre el Río de la Piedad, permitió construir velozmente estaciones ferroviarias, hospitales, hipódromos, cárceles, mercados, templos, kioscos, pabellones en ferias internacionales y grandes almacenes como El Puerto de Liverpool y El Palacio de Hierro”.³⁸

Federico Gamboa nos da esta imagen de la ciudad: “se ve en las calles adoquinadas, las de suntuosos edificios y de tiendas ricas, fisonomías carcelarias, flacuras famélicas, ademanes inciertos,

³⁷ “Paso al siglo XX” en: *Tiempo de México*. *Op. cit.*, núm. 24.

³⁸ Benítez, Fernando. *Historia de la Ciudad de México*. México, Salvat, 1984. p. 80.

miradas torvas y pies descalzos de los escapados de la *razzia*, que se escurren en silencio, menudo trote, semejantes a los piojos que por acaso cruzan un vestido de precio de persona limpia".³⁹ Efectivamente, comenzaron a aparecer los grandes almacenes de departamentos al estilo europeo, así como las tiendas y los talleres de modistas. Cuando Conchita llega a México lo primero que hace es ir de compras a los almacenes: "...quiso hacer algunas compras; en ellas anduvieron hasta muy cerca de las ocho. Después compraron dulces en El Globo..."⁴⁰

También De Cuéllar menciona algunos almacenes, como en los que se vende el polizón: "Sí, como los que venden en la *Sorpresa* y *Primavera Unidas a veinte reales*".⁴¹

En las últimas décadas del porfiriato la ciudad tuvo un gran desarrollo arquitectónico; abundaban los techos con mansardas, aunque en México pocas veces había nevado. El tezontle desapareció de las fachadas, surgió el parquet y empezó a utilizarse el mármol en los baños. Se construyeron edificios sólidos, como el Banco Internacional Hipotecario, la estación del tren de Buenavista, el Correo Central, Lecumberri, el nuevo lago de Chapultepec y la Escuela Nacional de Maestros, entre muchos otros. "La introducción de nuevos materiales como el fierro, el cemento, el concreto, un mayor uso del vidrio, y novedosos procedimientos de construcción modificaron los estilos, pero también algunos trajeron problemas en lo referente a la cimentación debido al peso".⁴²

³⁹ Gamboa, Federico. *Santa*. México. Editorial Grijalbo. 1997. p. 287.

⁴⁰ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 290.

⁴¹ Cuéllar, José Tomás de. *Ensalada de pollos y Baile y cochino*. México. Editorial Porrúa. 1994. p. 263.

⁴² Gortari Rabiela, Hira. *La ciudad de México y el Distrito Federal: una historia compartida*. México. Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora. 1988. p. 70.

México se estaba transformando en una ciudad urbanizada, y Rafael Delgado nos transporta a la ciudad de aquellos años: “A poco entraron en una calle amplísima. Voces de vendedores, avisos de tranvías, gritos de granujas que pregonaban periódicos, coches que iban y venían. La calle interminable: muchos transeúntes en las aceras; casas en cuyos salones iluminados se veían cortinajes magníficos; tiendas resplandecientes; tenduchos miserables; carnicerías iluminadas y lujosas; boticas somnolientas que hacían alarde nocturno de sus aguas de colores; un templo sombrío; un jardín tenebroso bajo cuyas arboledas se perdían los paseantes; una avenida majestuosa; la arteria principal, ruidosa, espléndida, deslumbrante, en la cual los carruajes, a cual más hermoso, apenas cabían; tiendas magníficas, fondas aristocráticas, dulcerías soberbias que en sus aparadores ostentaban mil y mil prodigios de azúcar de colores; joyerías en que la riqueza competía con el aparador deslumbrador, y por fin una calle silenciosa y triste, oscura y desierta”.⁴³

La ciudad empezó a desarrollarse; lo cierto es que Porfirio Díaz le había dado los mayores beneficios: luz, drenaje, desagüe y agua potable, y había mejorado los medios de transporte y de comunicación, mercados, almacenes, cafés, restaurantes, clubes, escuelas, jardines, etcétera. Así, poco a poco México fue entrando en el desarrollo urbano.

⁴³ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 180.

CAPÍTULO III

VIVIENDA Y ALIMENTACION

Durante la época que estamos analizando había una gran diferencia en el modo de vivir, de comer y de beber entre los mexicanos, dependiendo de su clase social.

1. Casa

Las familias acomodadas vivían en grandes casas solas, ubicadas principalmente en las colonias Juárez y Roma: "componíanse de espaciosas salas, varios dormitorios, comedor, oficina, en torno a uno o dos patios de regulares dimensiones. La mayoría tenía comedores con un jardín central formado con macetas y barriles llenos de plantas".⁴⁴ Estaban de moda las escaleras de dos brazos, tanto que llegaron a convertirse en un lujo excepcional; en los pisos se empezó a utilizar el parquet. Las paredes estaban cubiertas con papel tapiz de seda de bellos colores y oro, rematados arriba y abajo con grecas que hacían juego con el tapiz. Las vigas de los techos se hallaban cubiertas con un cielo raso hecho de manta de cielo, una tela rala, que luego era pintada con blanco de España. En el interior de estos inmuebles podían verse alfombras y cortinajes, estatuillas y jarrones, además de enormes espejos, porcelana fina y retratos al óleo de los antepasados.

⁴⁴ Cosío Villegas. Daniel. *Op. cit.*, p. 394.

El mobiliario era al estilo de los Luises, y anualmente llegaban del extranjero. Uno de los muebles básicos en todas las casas de la gente adinerada era el piano, al que colocaban en el lugar más visible. La revista *El Mundo* nos dice algo al respecto: "Imagínense nuestros lectores una casa regiamente amueblada, en la que faltara un piano: parecería entonces sala de recepciones de un palacio de Gobierno. O bien figúrensela con un piano malo de notas carrizo y de frecuentes desafinamientos. Parecería entonces sala de espectáculos, museos, etc., pero nunca la habitación de una familia rica".⁴⁵

Tampoco faltaba en la sala el tradicional ajuar de bejuco austriaco, compuesto de sofá, dos mecedoras y seis o más sillas.

Los ricos vivían desahogadamente y se ha dicho que en esos años la vida fue muy dulce para ellos, pues gozaban de un confort que nunca antes habían tenido. Sus casas parecían verdaderos palacios. En la novela de *Baile y cochino* don Gabriel es un ejemplo claro de las personas que se hacían ricos de la noche a la mañana. Don Gabriel gastaba su fortuna como un lord y poseía una casa de este tipo: "¡Qué casa la de don Gabriel! Nunca se ha visto en México casa semejante: ¡qué esacaleras! ¡qué patios! ¡qué comedores! ¡qué cortinas! ¡Oh! las cortinas eran de raso bordadas de oro, y el tapiz de los muebles de raso bordado de oro. Era cosa que las gentes andaban a caza de permisos para visitar aquella maravilla".⁴⁶

Rafael Delgado nos da otro ejemplo: "Basta saber... que tiene muy buena altura. ¡Que lo diga María! La alfombra es roja, gruesa y afelpadita... ¿No la sientes al pisarla? Los muros, hasta poco menos

⁴⁵ *El Mundo: Semanario Ilustrado*. Tomo 10, núm. 10, México, 1895, p. 15.

⁴⁶ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 248.

de la altura de las puertas, están tapizados con papel realzado, de fondo claro, muy claro, de color crema que entona dulcemente con el dibujo, que es de hojas grandes, hojas como de dragoneta, también muy claras. La parte superior tiene tapiz amarillento, con un dibujito tan menudo que apenas se ve. Una cornisa muy delgada, que apenas sobresale, corre a lo largo de los muros, dividiéndolos en dos partes. La cornisa me parece de boj o de olivo blanco. El cielo raso es de color de mantequilla, sin adornos ni pinturas, encuadrado por otra cornisa un poquito más ancha que la otra. En el centro del cielo raso hay una rosácea que semeja marfil. Nada en las paredes. Frente a los balcones una chimenea de piedra blanca, opaca; sobre ella un espejo ovalado, de luna clarísima, cortada en bisel.

“¿Y los muebles? –preguntó Elena.

“Pocos, y ninguno igual a otro. Un sofá, éste en que estamos sentadas tú y yo, tapizado como los otros sillones de rica tela de seda blanca, sembrada de crisantemos de suavísimo y apacible color de rosa. Cinco sillones; un ‘pouf’, un velador de roble con una caja de tabaco, una licorera y un cenicero. Entre los dos balcones, un diván de lo más cómodo, con un par de almohadones de color de malva. Delante una piel de oro blanco... Espera: en la chimenea dos ramilletteras cilíndricas, altas, de cristal verdoso, y en ellas, muy bien puestas, como por manos femeniles o manos de artistas, espigas verdes, ligeras, esbeltísimas, cuyas hojas muy largas, muy largas, tocan la pantalla del hogar; una pantalla con un aguazo que representa una escena campestre...”⁴⁷

⁴⁷ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 203.

Por desgracia, no toda la gente vivía de esta manera. La clase media vivía en terrenos grandes pero alargados; sus habitaciones estaban construidas una tras otra. En el interior estaban pintadas de cal, tenían una o varias recámaras, recibidor, comedor y baños, los cuales solían ubicarse junto a la cocina. Contaban con una sala que daba casi siempre a la calle, balcones enrejados y un pequeño jardín.

La casa de Santa y su familia en Chimalistac era de este tipo: “Adentro, las habitaciones, muy pocas, sólo cuatro. Primero la sala, que es a la vez el comedor, a juzgar por la cuadrada mesa del centro y por el tinajero que cuelga de uno de los encalados testers de la estancia, colmados de platos, fuentes, pozuelos y vasos de vidrio y loza ordinarios. Arrimadas a las paredes, sillas de tule, en un ángulo una rinconera de caoba, algo comida de polilla, que, juntamente con un caracol, una alcancía de barro en forma de manzana y un par de floreros con ramos de trapo, ostenta el tesoro de la familia, un Santo Niño en escultura no de lo peor, sentado en asiento que no alcanza a divisarse, en actitud de bendecir con su diestra levantada, vestido de raso con lentejuelas y flecos, y prisionero dentro de amplio nicho de cristales unidos con plomo. En el piso, esferas de diversos tamaños y al lado de la ventana, pendiente de grueso clavo, divisase la guitarra encordada y limpia.

“Luego el dormitorio de la madre y la hija, que duermen en la misma cama, en lo alto una litografía de la Virgen de la Soledad fijada en el muro con cuatro tachuelas, y por un cromo de la Virgen de Guadalupe”.⁴⁸

⁴⁸ Gamboa. Federico. *Op. cit.*, p. 45.

El cuarto de Esteban y Fabián, los hermanos de Santa, es descrito así: "con dos catres de tijera, un arcón para guardar semillas, dos baúles grandes y forrados con piel de res mal curtida, una percha ocupada siempre, y en las paredes con cierto esmero pegadas, una infinidad de pequeñas estampas de celebridades; bailarinas, cirqueras, bellezas de profesión...".⁴⁹ En cuanto a la cocina: "A lo último, la cocina, de brasero en el interior y anafre cerca de la puerta, entre los dos metates en que la hija o la madre indistintamente, muelen el maíz".⁵⁰

Otra habitación de este mismo tipo es la que plasma Rafael Delgado en su novela, cuando Juan Collantes visita a Conchita Mijares al pueblo de Pluviosilla y ella empieza a comparar "la modestia y sencillez de aquella casa tan humilde, con el palacete de don Juan. ¡Qué diferencia! ¡Qué diferencia! ¡Cómo se entristeció Conchita al contemplar su pobre sala! El suelo de ladrillo, muy limpio, es cierto, pero desolador y vulgar; la media docena de sillas de pino, barnizadas y enteras, pero deladoras de una gran pobreza; cuatro sillones de rejilla, con velos de seda, en las cuales Concha puso toda su coquetería; una consola vetusta, y en ella dos jarrones de cristal azul, llenos de flores, obsequio de Arturo, un día de la Purísima; un espejito biselado, a cuyos lados lucían sus grullas y sus crisantemos -crisantemas decía la monologuista- sendos pares de abanicos japoneses de muy dudosa procedencia; bajo la consola un lebril de barro; en los muros, en distintos sitios, en ingenios de alambre, retratos de amigos y parientes".⁵¹

⁴⁹ *Ibidem.* p. 45.

⁵⁰ *Ibidem.* p. 46.

⁵¹ Delgado. Rafael. *Op. cit.*, p. 341.

Acerca de los muebles: "En el centro de la estancia, una mesa circular, llena de monitos de porcelana y de figuritas de barro, producto de la industria de Puebla; y en medio un quinqué con una gran pantalla de papel encarrujado. A la derecha, en las sillas próximas a la ventana, un par de bastidores que delataban el trabajo largo y penoso de la bordadora. En la ventana, en el despostillado pretil, dos lindos caracoles, y un silloncito, trono vespertino y nocturno de la ventanera Conchita".⁵²

Otro tipo de habitaciones eran las llamadas "vecindades", donde vivía la gente humilde. Había vecindades que alojaban a más de 400 inquilinos. En un cuarto vivían de diecisiete a veinte personas, el mismo que les servía de recámara, comedor y cocina; los baños o fosas sépticas eran comunes, lo que hacía de la bacinica un objeto indispensable. Los lavaderos también eran comunes; debido a la carencia de agua el desaseo era grande, y el baño un privilegio.

Federico Gamboa nos describe así la ubicación de la casa del pianista del burdel: "frente al teatro, populosa casa de vecindad de ancho zaguán arcaico, por sus años hundiéndose en la acera, de enanos entresuelos y balcones volados de recios barandales en su tercer piso".⁵³ Hipólito y Jenaro se llevan a Santa a vivir a su casa de vecindad: "La enorme casa, a oscuras y en silencio, salvo, abajo, una que otra claridad que asomaba medrosa y pálida por las hendiduras de las puertas cerradas de los cuartos, y, arriba, una que otra vidriera de ventana o puerta –con cortinas de gancho–, tras las que se adivinaban. Como ruidos, el chorro de la fuente del patio, blando y

⁵² *Ibidem.* p. 342.

⁵³ Gamboa, Federico. *Op. cit.* , p. 114.

monorrítmico; y de aquí y de allí, llantos de niños inquietos y canturreos maternos, arrullándolos. En un rincón del patio, sujeta a dos paredes, una cuerda colgada de ropa recién lavada que se oreaba, y aun mecía, dando a camisas y calzones, de mangas abiertas y espatarrados, fatídico aspecto de mutilados que ahí se pudrieran o de blancos espectros a punto de remontarse y desvanecerse”.⁵⁴

También Ángel de Campo plasma este tipo de vecindades, en donde la Rumba vive con Cornichón: “Lupita atravesó los dos patios, subió la deteriorada escalera, recorrió un corredor entre dos hileras de apolillados bancos y rotas macetas, que a pesar de los abrojos habían puesto los gastos en inmundo estado”.⁵⁵ En cuanto al mobiliario, nos dice: “Gualupita entró a la desmantelada pieza. Algunas sillas de tule, una mesa de madera blanca, un catre de tijera y un equipal formaban el mobiliario”.⁵⁶

Las casas más miserables tenían muros de adobe ahumado sin enjarre; su piso era de tierra, y el techo de tejamanil sujeto con pedazos de tepetate. No faltaba la olla de frijoles y el metate para las tortillas. La gente vivía en verdaderos muladares. Como el jabón se consideraba un artículo de lujo, los pobres lo sustituían con arcilla plástica o con yerbas.

El periodista Sardin describió en 1899 cómo vivían los pobres: “casas viejas, sucias, agrietadas. Olor a miseria, hacinamiento, podredumbre. Pulquerías con matones de sombrero de palma y ensarapados. Junto

⁵⁴ *Ibidem.* p. 296.

⁵⁵ Campo. Ángel dc. *Op. cit.* p. 224.

⁵⁶ *Ibidem.* p. 224.

a ellos mujeres desgñadas cubiertas con rebozo. Involuntario control natal a cargo de las enfermedades venéreas y los abortos”.⁵⁷

Haciendo un análisis de cómo eran las viviendas nos damos cuenta de que existía una enorme diferencia, la cual estuvo presente en todos los aspectos de la vida porfiriana.

Es necesario resaltar el papel de la servidumbre en estos años. Dichosos eran los tiempos en que algunos criados formaban parte de la familia, eran respetuosos con sus amos y además los querían. Había nanas que pasaban por dos o tres generaciones. A principios del siglo las sirvientas comían los mismos platillos que los amos y además les pagaban para que se compraran su pulque, pues casi ningún sirviente dejaba de tomar su bebida predilecta. Hubo casos en que la situación económica de los patrones, por diferentes causas, no fue tan buena, y ello les impedía seguir pagando a sus sirvientes, pero a éstos no les preocupaba, dado el aprecio que les tenían a sus amos, y se conformaban con seguir trabajando y viviendo con ellos.

El caso de Filomena es un claro ejemplo de esto: “Señora: escúcheme usted lo que tengo que decirle. Comprendo que estos tiempos no son como los de antes; sé muy bien que ahora es preciso vivir de otra manera... Yo a usted, lo mismo que al señor don Ramón, que estará en el cielo, les debo todo: ustedes me recogieron: aquí aprendí todo lo que sé; ustedes han sido como mis padres; las niñas y los niños han sido como mis hermanos, y todos me han querido mucho, y yo lo agradezco mucho, mucho, como puedo, con todo mi corazón y con toda mi alma. Ustedes han sido tan buenos conmigo, que, no conformes con haber hecho por mí tantas cosas, me señalaron sueldo,

⁵⁷ Benítez, Fernando. *Op. cit.*, p. 83.

y buen sueldo, como si yo fuera una extraña de esas que sólo sirven por la paga, y que sólo por interés del dinero atienden a sus amos... Ahora son otros los tiempos: no quiero sueldo: ni usted me lo ha de dar, ni yo, si usted me lo diera, lo había de recibir. Que se vaya la otra criada. Yo me basto y me sobro para el quehacer de la casa. ¿Qué necesidad hay de que criadas extrañas, de esas que no caben en ninguna parte, que hoy están aquí y mañana allá, que andan de casa en casa, que son como decía en ocasiones el señor, enemigos domésticos, que cuentan en todas partes lo que hacen y dicen en las familias en donde están ellas sirviendo, qué necesidad de que vean nuestras pobreza y nuestros apuros? Me quedaré sola, sí, solita. Y si cree usted que no soy útil, me iré, no ha de faltarme acomodo; que yo no soy ingrata, y no porque me vaya me he de olvidar de ustedes, y las he de querer como siempre, y vendré a verlos seguido, siempre que pueda; y hasta podré auxiliar a usted con lo que yo gane; que yo procuraré que me paguen bien mi trabajo, pues para eso me mandó usted a la amiga, y me enseñaron acá a ser mujer de trabajo para todo. Pero --y la excelente muchacha, llenos de lágrimas los ojos, trémula y con la garganta anudada, no sabía cómo seguir hablando--, pero... considere usted: yo no quiero separarme de esta casa, no quiero, no puedo, no puedo! ¿Verdad, señora, que no me dejará usted irme? Si me voy ha de ser para auxiliar a ustedes con lo que yo gane... Si, no, no!"⁵⁸

⁵⁸ Delgado. Rafael. *Op. cit.* p. 141-142.

2. Comida

El alimento básico de los mexicanos era el maíz, y el pulque la bebida preferida. La alimentación diaria de la gente humilde era la tortilla junto con el frijol y el chile; algunos sólo comían tortilla con sal o esquites. En esos años no había tortillerías, por lo que las mujeres se la pasaban gran parte del tiempo en palmear y cocer tortillas. Comían verduras, ya que la carne estaba eliminada de su dieta y era sustituida por gusanos de maguey y fauna de los lagos y canales, como charales, jumiles, etcétera.

Durante las tres comidas diarias se consumían de 30 a 40 tortillas. El maíz, como dije, era la base de la alimentación de los mexicanos, del cual se derivaba la gran variedad de antojitos mexicanos.

Algunas veces llegaban a consumir pambazos y cemitas, que era el pan más barato; el pan francés, que era el bolillo, y la telera, eran los más caros.

Los menús cotidianos de la clase media eran los tradicionales de la comida mexicana: sopa, arroz, algún guisado, frijoles y tortilla o pan.

“La comida casera mexicana constaba de sopa aguada (generalmente fideos con caldo de frijoles y queso), sopa de arroz (arroz entomatado a la mexicana), un guisado (mole poblano, chicharrón en salsa verde, gallina en pipián, lomo con rajas, y así hasta el infinito), chilaquiles, quesadillas, frijoles refritos con totopos, y los exquisitos postres nacionales: cajeta, cocada, chongos zamoranos, huevos reales, ates, conservas preparadas por el ama de casa. Los más europeizados

comían con vino de mesa y los más fieles a sus orígenes pasaban sus alimentos con pulque”.⁵⁹

De Cuéllar nos comparte algo sobre la comida cuando Saldaña va a visitar a la madre de sus criaturitas: “Mira, mujer –exclamó Saldaña descubriendo las cazuelas-. ¡Mole de guajolote, enchiladas y frijoles con sus tortillas y su pulque correspondiente!”.⁶⁰

Delgado nos habla de las comidas: “el Dr. Fernández leía un periódico. En eso ocupaba el buen tiempo el canónigo desde su regreso del coro hasta las doce del día, hora en que ni un minuto más ni un minuto menos, se sentaba a la mesa, a comer con excelente y fidelísimo apetito, los cinco platillos reglamentarios: el caldo tradicional, como el que los ilustres abuelos acostumbraban a tomar allá en felices tiempos del virrey Bucareli; sopa, de pan frecuentemente, de arroz a veces; cocido de lo más pingüe y variado; pollitos en especia; algo de verdura; frijoles, sin los cuales no se la pasaba el buen señor, y... postres: algunos bizcochos y dulces y frutas, a las cuales era muy dado, por motivos de régimen interno...”⁶¹

Cuando Santa se entera de la muerte de su madre y va a pasar la noche sola en un cuarto de hotel, un sirviente le lleva de cenar: “De el Cosmopolita se lo traje, porque es superior -anunció el sirviente a su regreso cargado de azafate, taza, cafeteras, azúcar y un pan francés rebanado a lo largo y untado de mantequilla-, figúrese usted que todos los toreros que en él se reúnen se lo aseguran al dueño... La mantequilla es de Toluca y el mollete me lo doraron al horno...”⁶²

⁵⁹ Benítez, Fernando. *Op. cit.* p. 99.

⁶⁰ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 270.

⁶¹ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 383.

⁶² Gamboa, Federico. *Op. cit.*, p. 123.

La alimentación popular carecía de carne, es decir, el pueblo era vegetariano por necesidad y no por gusto.

En el otro extremo estaba la aristocracia, que era la que mejor se alimentaba; se la pasaba en los grandes restaurantes de moda, como el café de La Concordia, la Bella Unión, La Mansión Dorée, el Chez Montaudon. En algunos de estos restaurantes se servía filete de venado, puré de castañas, mariscos y sopa de tortuga, y nunca faltaba la carne.

En *Los parientes ricos* vemos cómo eran los banquetes de postres: "¡Probádmel! –decían en dulceras y tazones, pastelillos y tortas, compotas y jaleas, y al lado de una caprichosa fuentecilla curva, donde entre rajadas de limón y en lecho de caviar, brillaba la coraza de acero de dos pescaditos rusos, en cráter debordante, una pirámide de fresas, coronada de azúcar, alardeaba de su ápice nivoso".⁶³

3. Bebida

En cuanto a la bebida, los peones y el proletario urbano consumían aguardiente de "El Catalán", que era el más barato, el cual hacia 1889 fue cambiado por el consumo de cerveza, como lo vemos en *Santa*:

"...invitó a comer. Un criado marchó en solicitud de viandas; una comida de fonda humilde, rociada con cerveza barata, que les supo a banquete".⁶⁴

También se acostumbraba el anisete y el vino tinto: "Póngame –dijo a un dependiente- media libra de queso, una caja de sardina y una botella de vino tinto".⁶⁵

⁶³ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 302.

⁶⁴ Gamboa, Federico. *Op. cit.*, p. 276.

⁶⁵ Campo, Ángel de. *Op. cit.*, p. 258.

El jerez es otra bebida que se menciona en las novelas: “envuelve unas pasas, unas almendras, unas galletas de esas de animalitos, y dame una botella de jerez del bueno”.⁶⁶

Pero la clase adinerada consumía otro tipo de bebidas: el champagne y el coñac: “Vea usted, por ejemplo, aquí tiene usted un jerez dulzón y contrahecho, en muy bonitas botellas. Este es para las señoras: como son el Málaga y el moscatel. En seguida tiene usted aquí un champaña baratito para el común de mártires. Este se da para hacer ruido y para que se oigan muchos taponazos en el comedor: Pero venga usted ahora por acá, coronel: ¿ve usted esta caja? ¡Esta es la Santa Bárbara! Aquí tiene usted coñac de treinta años, unos vinos húngaros, un jerez legítimo y champaña de la Viuda e imperial”.⁶⁷

En *Los parientes ricos* don Juan decía: “-¡Ea! Beberemos vino de Champagne. Como Federico el Noble, sólo en el campo gusto de tal vino...”⁶⁸

Desde siempre todo el pueblo mexicano ha consumido algún tipo de alcohol. El gobierno decía que la delincuencia no era resultado de la miseria en que vivía el pueblo, sino que era responsabilidad del aguardiente y el pulque.

Otro vicio, ya viejo también como el del alcohol, era el del cigarro: desde esos años los hombres y las mujeres han fumado: “El mozo, sentado en una duquecita, saboreaba el café y fumaba un cigarrillo habanero”.⁶⁹

⁶⁶ *Ibidem.* p. 249.

⁶⁷ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 323-324.

⁶⁸ Delgado, Rafael. *Op. cit.* p. 305.

⁶⁹ *Ibidem.* p. 308.

Las mujeres en esos años ya eran grandes fumadoras: “¡Qué dice usted, qué calor, mi alma! Yo vengo sofocándome. ¡Como vengo desde tan lejos! ¿Usted fuma? Fume usted de éstos, son de los Aztecas, de papel de hoja de maíz para señoras, que son los mejores, sobre todo para el pecho, porque con esta tos que padezco...”⁷⁰

⁷⁰ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.* p. 279.

CAPÍTULO IV

EL VESTIDO Y LA MODA

En la forma de vestir también había grandes diferencias entre la gente del pueblo, la clase media y la de abundantes recursos. “El vestido dio lugar a una división de tres clases sociales: la alta o enlevitada, la media o de chaqueta y pantalón, y la baja o calzonuda”.⁷¹

1. Indumentaria femenina

La vestimenta del indígena consistía en calzón y blusa de manta, regularmente andaba descalzo, o si no, calzaba guaraches y usaba siempre un sombrero de petate. Las indígenas, las indias, llevaban a manera de falda una tela alrededor del cuerpo, camisa de manta y sobre ésta un huipil de lana, también andaban descalzas o con guaraches, utilizaban un rebozo para cubrirse la cabeza o para cargar a sus hijos sobre la espalda.

Las sirvientas y las mujeres del pueblo vestían blusas y faldas muy amplias hechas con cambaya, percal u otras telas de algodón, y rebozo. Si usaban calzado éste era muy corriente. “Francisca era lo que llama, propia o impropriamente, una ‘garbanzo’: un poco relamida y menos desaseada que la generalidad del gremio. Usaba las consabidas enaguas de percal tocando al suelo, un saco holgado de la misma tela y el nacional rebozo”.⁷²

⁷¹ Cosío Villegas, Daniel. *Op.cit.*, p. 383.

⁷² Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 348-349

Otro ejemplo: "Vistióse la madre de Remedios con las mejores prendas: sus zapatos de charol, las enaguas azules con ribetes de terciopelo negro y el rebozo azul que olía a nuevo..."⁷³

Las damas de clase media y las de la élite vestían de acuerdo con la moda. Hubo una gran influencia francesa en todos los aspectos, incluyendo el vestido. La moda venía de París, era lo novedoso, significaba estar al día. "La moda, al fin mujer, es caprichosa y tiránica: por eso la adoran, si fuera constante llegaría a fastidiar: con sus veleidades excita y triunfa".⁷⁴ Pero "Cada año, más aún, cada estación, trae su estilo y sus gustos nuevos. Las parisienses se aprovechaban, a favor de su belleza, de todas las elegancias antiguas".⁷⁵

Había dos clases de vestidos: los confeccionados de una sola pieza y los de falda y chaqueta. A mediados de los ochenta reapareció el polisón, pero de un tipo distinto. "En los anuncios se podían leer cosas como 'el higiénico polisón de hilos de alambre garantiza ser menos doloroso para la columna que los otros'. También estaba el polisón 'langtry', un aparato hecho a base de bandas metálicas que se disponía en torno a un punto central. ¡Y se podía levantar al sentarse y volver a ponerlo en su lugar cuando la dama se levantaba! Fue uno de los mayores inventos en toda la historia de la moda".⁷⁶

Tomás de Cuéllar nos dice, sobre el uso del polisón, que las mujeres deben "ostentar una curva saliente en la región del coxis, ni más ni menos que si se tratara de un absceso, de un fibroide imposible o de

⁷³ Campo, Ángel de. *Op. cit.*, p. 232.

⁷⁴ *El Mundo, Semanario Ilustrado*. Tomo I, núm. 4. México, 25 de noviembre de 1894.

⁷⁵ *Ibidem*. 25 noviembre de 1894.

⁷⁶ Laver, James. *Breve historia del traje y la moda*. Madrid. Ediciones Cátedra, 1990. p. 198.

una jiba de dromedario".⁷⁷ Finalmente el polisón desapareció del vestido femenino.

A finales de los ochenta las faldas eran largas y muy acampanadas con una cola. "En 1893 se notó en la moda una tendencia a volver a la de 1830, reapareciendo las mangas de 'jamón', los corpiños voluminosos, las cinturas redondas y las faldas ajustadas en la pretina y vuelo de campana en el holán".⁷⁸

Las damas usaban chal, rebozo de seda o sombrero, dependiendo de las diferentes horas del día y las circunstancias. Para ir a misa usaban un chal transparente con la orilla de seda, otras también lo llevaban para ir al mercado o utilizaban un rebozo de seda. Cuando iban al Centro o al teatro salían con sombrero y guantes.

Los sombreros de las señoras estaban llenos de adornos, y variaban de acuerdo con la estación. Algunos llevaban plumas de avestruz, terciopelo y gruesos listones, flores u otros materiales. También se usaban sombreros sencillos de paja con un solo listón de terciopelo alrededor.

Acerca de los sombreros, Delgado escribe que cuando la familia de Pluviosilla va a recibir a don Juan y a su familia: "La señora: tocado de blondas y cintas de color de la saya; la joven: lindo sombrero de paja, decorado con cintas crema y con una guía de rosas veraniegas. Una con guantes oscuros; la otra sin ellos".⁷⁹

Tomás de Cuéllar nos muestra la novedad e importancia de los sombreros en uno de sus personajes: "Enriqueta era delgadita,

⁷⁷ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 262.

⁷⁸ Benítez, José R. El traje y el adorno en México 1500-1910. Guadalajara. Imprenta Universitaria. 1946. p. 223.

⁷⁹ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 40.

enhiesta y garbosa, y llevaba siempre los sombreros más raros que encontraba en las tiendas de moda".⁸⁰

En *La Rumba* leemos que "iba y venía destapando cajas y hundiendo y exhumando de ellas formas de sombreros, plumas y trapos, con el metro echado al cuello, saludando a ésta, mostrando a aquélla otra marchante un abrigo de abalorios".⁸¹

Para 1900 las mujeres aprisionaban su cuerpo con el horrible corsé, compuesto por varillas de metal que se ajustaba por medio de cintas, a veces tan apretadas que las damas apenas podían respirar. "Sobre el abdomen, hacían que el cuerpo se mantuviese rígidamente derecho por delante empujando el busto hacia delante y las caderas hacia atrás, creando la peculiar figura de una 'ese' ".⁸²

El cuerpo femenino ideal de esos años era un busto y caderas prominentes y una cintura pequeña. José Tomás de Cuéllar nos dice que el corsé se usaba para doblegar las costillas, traza líneas forzosamente oblicuas y graciosamente curvas que acaban en una cintura casi inverosímil.

"Venturita al ajustarse el corsé frente al tocador, era este: primero, el desengaño aquel; luego un tironcito más a los cordones, y después el recuerdo del cosquilleo ese de las palmas de las manos del sexo feo, Pero aún así y todo, no se podía negar que Venturita tenía un talle encantador".⁸³ Posteriormente el corsé fue sustituido por fajas elásticas.

⁸⁰ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 278.

⁸¹ Campo, Ángel de. *Op. cit.*, p. 218.

⁸² Laver, James. *Op. cit.*, p. 218.

⁸³ Cuélla. José Tomás de. *Op. cit.*, p. 294.

El cuerpo lo llenaban de adornos, de finos encajes, pasamonería o tiras bordadas importadas de Francia y de Suiza. Había una verdadera pasión por cubrir el traje de encaje por todas partes. Las mujeres que no podían comprar el encaje optaron por el croché irlandés, que estaba muy en boga. "Los colores de la indumentaria reflejaban este luminoso optimismo de aquellos que tenían dinero para gastar. Todo era suaves tonos pastel en rosa, azul pálido o malva; o negro en pequeñas lentejuelas cosidas por todas partes. Los tejidos favoritos eran el crepé de china, el chiffón, la mousseline de soie y el tul".⁸⁴

Ángel de Campo nos muestra algo de esto: "A ver, aquí tiene usted éstos; mire el azulito, es muy bonito, buena clase, es el que está de moda".⁸⁵

Por su parte, De Cuéllar escribe: "Ahora la verá usted entrar, trae un vestido color de rosa, trae plumas y flores en la cabeza, y el pelo salpicado de polvo oro".⁸⁶

En los vestidos ligeros se usaban olanes, tanto en el corpiño como en la falda; en las estaciones calurosas se acostumbraban las mangas cortas, abajo del codo, y en el invierno las mangas largas con puños.

Los trajes de las niñas llegaban hasta la rodilla o a media pierna, de acuerdo con la edad. También era una regla llevar sombrero y guantes.

Los sombreros de las niñas eran más sencillos: boinas para ir a la escuela y sombreros adornados con listones, cerezas o con flores, según la estación.

⁸⁴ Laver. James. *Op. cit.*, p. 222.

⁸⁵ Campo. Ángel de. *Op. cit.*, p. 241.

⁸⁶ Cuélla. José Tomás de. *Op. cit.*, p. 340.

En ese tiempo había elegancia en el vestir (para la gente pudiente). Se acostumbraba que las damas se mandaran hacer sus trajes con una modista.

La Rumba era costurera: "Era cierto; el empleado de la Última Confección era novio de Remedios, costurera de la Casa de Modas de Madame Gogol, Modista de París".⁸⁷

Las modistas se inspiraban en los figurines de una revista llamada *La Moda Elegante*. Se usaban telas de lana, algodón y seda de muy buena calidad. Además, en los periódicos y revistas como *El Mundo*, la moda tenía un espacio en el cual estaban las novedades y sugerencias. "En la última década del porfiriato las mangas de globo de los noventa estaban ya desfasadas; ahora se ajustaban en general en la muñeca y eran bastante largas, tapando media mano".⁸⁸

Los trajes sastre adquieren una gran importancia; éstos tenían un cuello muy incómodo sostenido por suaves varillas. Las mujeres se cubrían el cuerpo de pies a cabeza y los escotes exagerados sólo los usaban en los vestidos de noche.

Los trajes sastre eran de colores lisos: negro, azul marino, morado, verde oscuro, café, beige o de tejido mascota.

Para 1908 la silueta femenina comenzó a modificarse. El busto ya no tenía que echarse hacia adelante ni y las caderas hacia atrás.

Las alhajas también formaron parte de la moda, siendo la esmeralda la piedra clásica. La pedrería se lucía en broches, alfileres, botones para puños, trabillas para el reloj, etcétera.

⁸⁷ Campo, Ángel de. *Op. cit.*, p. 199.

⁸⁸ Laver, James. *Op. cit.*, p. 222.

En cuanto al calzado, tanto las damas como las niñas usaban botas de charol, abrochadas a un lado con botones, cuya parte alta era de glacé o de tela mascota; también se acostumbraban los choclos atados con cintas. De Cuéllar escribe que: "esas botas del retran que tan de boga han estado en estos últimos tiempos".⁸⁹

Las niñas usaban zapatos con tacones de piso y las damas de medio tacón; únicamente para los trajes de noche se empleaba el calzado con tacón alto. Para José Tomás de Cuéllar las pollas calzaban zapatos de punta de lápiz, llamados así por su punta tan aguda.

En este periodo los pies femeninos ejercían un cierto influjo erótico, así como los zapatos. "Los mayores atractivos de la mujer es el buen calzado y el bonito pie".⁹⁰ Las damas conscientes de la importancia de sus botines blancos, de charol o de raso de color, no perdían la oportunidad de lucirlos siempre al caminar, al sentarse o al subir a los carruajes. "Desde que su tez tiraba a imitar el blanco germánico la señora aquella se movía por distintos resortes y como que obedecía a otros móviles, tanto que hasta había dejado de ir a misa con la puntualidad de antes, se había vuelto muy presumida, especialmente con respecto al calzado. Don Gabriel mismo entre el sinnúmero de consideraciones que le guardaba, le llevaba en la bolsa frecuentemente un par de zapatitos de raso, bordados de colores, forrados de seda y tan pequeños que le causaban mucha risa a don Gabriel".⁹¹

Las mujeres usaban medias de algodón de color negro, de hilo de Escocia y de seda para las noches; las niñas menores de doce años

⁸⁹ Cuéllar. José Tomás de. *Op. cit.*, p. 248.

⁹⁰ *Ibidem*. p. 301.

⁹¹ *Ibidem*. p. 247-248.

utilizaban calcetines y las mayores usaban medias de popotillo de color negro, café o blanco, haciendo juego con sus zapatos. “Cuando se sentó a meterse las medias, que por ser así mismo de seda, se resistían, y la silla gemía con los esfuerzos de la muchacha; cuando se fijó el corsé, cuyos cordones silbaron al apretarle la cintura, al atravesar ojillos, al doblarse en los broches; cuando el refajo se deslizó, y cuando extraía de su ropero el vestido, la toca, el abrigo, los guantes”.⁹²

Los peinados eran una gran atracción. El más común no era muy complicado: se usaba un copete en la frente, en forma de resplandor, abultado, y arriba de la cabeza o cerca de la nuca se hacía un chongo. Las niñas se peinaban con trenzas para ir a la escuela y en las ocasiones importantes lucían caireles o usaban adornos con moños de listones, de diferentes anchos y colores, que hacían juego con el color de su vestido. Los peluqueros solían prestar sus servicios a domicilio. Algo también característico de esos años era el pelo corto. “Yo le he estado diciendo; córtese el pelo, ya las de altiro pobres los usan largo”.⁹³

Las señoras “decentes” no usaban maquillaje, no se pintaban los ojos ni los labios. Lo único que hacían era ponerse un poco de crema y polvo sobre la cara. Les gustaba usar perfumes de procedencia francesa, pero con discreción.

En cuanto a la indumentaria masculina la moda era la levita y el pantalón de pinzas y las camisas de cuello de mariposa. “Este don Lucio, amigo de Saldaña, venía de levita negra abrochada y sorbete,

⁹² Gamboa, Federico. *Op. cit.*, p. 223.

⁹³ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 328.

como aquellas gentes le llamaban al sombrero alto. Sombrero que no se había quitado con el objeto de que los curiosos aquellos pudieran contemplarlo a su sabor”.⁹⁴

Las personas adineradas no ocultaban su manera de vivir y de vestir; poseían prendas de ropa en cantidad excesiva: solemnes levitas, negras para ceremonias, grises para las carreras, casacas rojas, etcétera.

2. Indumentaria Masculina

La moda masculina de la clase media era generalmente de trajes de casimir hechos en el país, y los de mejores recursos lo usaban con telas importadas de Inglaterra. Los colores eran sobrios. “El Sr. don Franciso Martínez Baca, el año de 1888. Viste la levita cruzada, corta, ribetada, con cinta de seda. El cuello de la camisa, llamado ‘mariposa’, que por aquellos tiempos hizo su aparición”.⁹⁵

Los hombres también usaban sombrero y guantes. El sombrero era el llamado de cubeta, de color claro, de preferencia gris rata, durazno o romero. Llevaban corbata y bastón. “El joven, frente al espejo, daba el último toque artístico a su elegante y distinguida persona. Arreglóse por la décima vez la corbata; se atusó el perfumado bigotillo; tomó los guantes y el bastón, y salió precipitadamente”.⁹⁶

Los caballeros acudían con sastres de renombre para la confección de sus trajes y en especial de sus chalecos, que como la moda lo madaba, eran de seda o de pique, bordados a mano. “Se fue en derechura a la casa del sastre rinconero amigo suyo, y muy su amigo,

⁹⁴ *Ibidem*, p. 330.

⁹⁵ Benítez, José R. *Op. cit.*, p. 264.

⁹⁶ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 344.

que era nada menos que el Saldaña de los sastres, porque sacaba partido de toda la ropa vieja, y de los faldones de una levita sacaba un chaleco, y de un saco de codos rotos sacaba uno nuevo para niño, y era en fin una especialidad en transformaciones”.⁹⁷

Los jóvenes, o pollos callejeros, no usaban el sombrero de alto sorbete (copa) o, como ellos lo llamaban, de cubeta, porque decían que éste era el distintivo de los caballeros. Estos muchachos vestían pantalones de tela a cuadros, un saco gabán y una corbata amarilla. Si se ponían elegantes usaban guantes y corbata de moño.

En los noventa “las corbatas y lazos se ataban de distintas formas, a veces se vendían ya hechos. El cuello fue haciéndose más alto, sin interrupción a lo largo de esta década, hasta convertirse en un verdadero ‘cuello alto’ o Choker”.⁹⁸ La moda de los niños era similar a la de los caballeros.

Podemos concluir que aparte de la aristocracia y de las personas de buena posición, el resto de los mexicanos no usaba pantalón.

Bulnes clasificó a la sociedad mexicana de esta manera: primero la baja, que utiliza su sueldo en “mal comer y bien beber”; la media, en “mal comer y vestirse lo mejor posible a la parisiense”, y, por último, la alta, que emplea sus rentas en “mal comer y caramente pagar lujos de *parvenu*”.⁹⁹

⁹⁷ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 266.

⁹⁸ Laver, James. *Op. cit.*, p. 208.

⁹⁹ Cosío Villegas, Daniel. *Op. cit.*, p.386.

C A P Í T U L O V

LOS PASEOS

Durante el porfiriato una de las diversiones más comunes de los mexicanos eran los paseos. Los domingos y los días de fiesta era cuando más los disfrutaban. Los paseos representaban la tertulia ambulante y el aislamiento de los enamorados. Los domingos clásicos consistían en asistir a misa y después a disfrutar de los paseos en el Zócalo, en la Alameda, en Chapultepec y en el Paseo de la Reforma, donde escuchaban música de la banda militar, descansaban en sus bancas de piedra y compraban banderines, rehiletos o golosinas.

Los mercaderes cantaban o gritaban para vender sus productos, como el clásico turroneo, el pastelero, el dulcero, etcétera. Las más gentiles damas y los caballeros no dudaban en comprar y consumir durante el paseo: tamales y buñuelos, piñonates y empanadas, condumio y mueganitos. Se deleitaban en "masculiar aquellos pasteles esponjosos de yemas, húmedos de ligera miel profunda, barnizados con reluciente jalea y rematados por caprichosos dibujos art-nouveau de merengue cristalizado de un marco de coco rallado".¹⁰⁰

Por las zonas arboladas los paseos a Chapultepec y a la Alameda les brindaban además el gusto de respirar aire puro.

En las cuatro novelas analizadas los autores hacen referencia a uno o a varios de estos paseos, y describen esos días tan hermosos y apreciados por nuestros antepasados.

¹⁰⁰ Novo, Salvador. Los paseos de la Ciudad de México. México. Fondo de Cultura Económica. 1974. p. 8.

coches, se levantaban de la catedral las graves notas del Angelus para perderse en la calma del sereno cielo de la tarde".¹⁰³

Los domingos, después de oír misa en la Catedral, los paseantes se reunían en la plaza a tomar el fresco en los asientos de las bancas y a saludar a los amigos. El paseo consistía en desfilar en sentido contrario hombres y mujeres, para buscar pareja, costumbre que aún se sigue en la provincia mexicana. Un ejemplo de esto es el que nos da José Tomás de Cuéllar en la novela *Baile y cochino*, en donde uno de sus personajes, Enrique Pérez, venezolano, se enamora de una mexicanita: "no faltaba al Zócalo los domingos para verla pasar tres o cuatro veces en ese paseo de exploración que las señoras han dado en hacer, siguiendo todas las curvas del jardín entre dos filas de pollos y barbudos, apostados allí con la deliberada intención de escoger o simplemente de formarse el cargo respecto a las escogibles".¹⁰⁴

A los paseos asistían grupos de todas las clases sociales: se veían niños, señoras, padres de familia, caballeros y señoritas recatadas. "Venturita se calzaba y se vestía muy bien y se salía a andar por donde la vieran, por donde había más gente, pero ella estaba segura, y tenía razón para considerarse eternamente presentable; y cuando tal hacía, cuando se exhibía en el Zócalo y en las calles de Plateros los días festivos, entre doce y una, no lo hacía precisamente con la intención y con las miras que lo hacen ciertas mujeres, no, señor: las miras y las intenciones de Venturita eran perfectamente legítimas. Venturita deseaba casarse, deseaba encontrar novio; aspiración que no tiene nada de censurable".¹⁰⁵

¹⁰³ Campo, Ángel de. *Op. cit.*, p. 202.

¹⁰⁴ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 310.

¹⁰⁵ *Ibidem.* p. 295.

Las señoras, del brazo de sus maridos, aprovechaban los paseos para lucir su vestimenta de riquísimas sedas.

Por la mañana y por la tarde el “paseo de las cadenas” era una forma que tenía la sociedad de divertirse. Las noches de luna llena se aglomeraba la población de la capital para gozar de un romanticismo exagerado. “Hacia 1890 los aristócratas dejaron de asistir por temor a codearse con las prostitutas”.¹⁰⁶ Por esto, poco a poco empezó a verse desierto el Zócalo, decayó el “paseo de las cadenas”, y la Alameda paso a ser el lugar preferido para el paseo elegante y aristocrático.

2. Paseo de la Alameda

“De pronto, paró el carruaje a la orilla del otro jardín pequeño que separa a dos iglesias, frente a un parque grande, la Alameda...”¹⁰⁷

La Alameda es el jardín público de más señorial abolengo, en los días soleados juegan los niños y los viejos, y los soñadores pasean. “En las mañanas se goza de gran tranquilidad, al medio día es el lugar más fresco de la ciudad y por las tardes la puesta del sol resulta irresistible”.¹⁰⁸

La Alameda cobra mayor animación los domingos; después de la misa de once y media o doce en la Catedral era cuando se reunían nanas, niños, personas de edad y sobre todo gente joven que aprovechaba la ocasión para lucirse y coquetear; se ofrecían audiciones musicales a cargo de bandas famosas de entonces, que deleitaban a los paseantes con valeses, mazurcas, polkas, chotís y marchas de corte casi siempre europeo. En la glorieta central de la Alameda se

¹⁰⁶ Cosío Villagas. Daniel. *Op. cit.*, p. 698.

¹⁰⁷ Gamboa. Federico. *Op. cit.*, p. 25.

¹⁰⁸ Cosío Villagas. Daniel. *Op. cit.*, p. 480.

construyó una rotonda cubierta de plantas y adornada con estatuas. Existieron también los bailes infantiles que reunieron a muchos niños, generalmente ricos. “En 1889 se establecieron ferrocarriles, caballitos, borregos ensillados, asnos con albardas, velocípedos, etc.”.¹⁰⁹ Esto se hizo con la finalidad de divertir más a la población infantil.

También concurrían a la Alameda personas solas, tristes o decepcionadas, como nos lo muestra José Tomás de Cuéllar cuando nos habla de Venturita, quien había sufrido un desengaño: “se salía a andar calles o se sentaba en una banca de la Alameda, iba a misa y después de ella permanecía hincada otro cuarto de hora, suspiraba sin motivo o se ponía muy comunicativa: el engaño”.¹¹⁰

En 1873 se inauguró la iluminación de gas hidrógeno, y con ello comenzaron los paseos por las noches con más tranquilidad. Micros nos da una vista nocturna de este lugar: “La Alameda parecía un antro: trémulas lucecillas rojas palpitaban a lo lejos, las negras frondas cuchicheaban y en su negror ardían con luz suave, fosforescentes y fugaces constelaciones de luciérnagas. Grupos mudos yacían en las bancas; clareaban entre el ramaje las faldas claras de pintadas señoras de tapalito; el velador envuelto en su capote recorría las calzadas... Reinaba una calma de bosque dormido y veíanse lejos ya trenes a todo vapor que pasaban y el rumor sordo, lejano, de los últimos coches que rodaban en el asfalto”.¹¹¹

La aristocracia fue la primera clase social que empezó a asistir a la Alameda, y poco después ésta se convirtió en el centro de reunión de la clase media, que prefería pasear por la calzada sur de la Alameda.

¹⁰⁹ *Ibidem.* p. 699.

¹¹⁰ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 292.

¹¹¹ Campo, Ángel de. *Op. cit.*, p. 207.

“El poverrío contaba, desdichadamente, aparte: también él con ingenua expectación, gozaba, pero a distancia, lejos de la sillería austriaca reservada para quienes calzaban botines y polainas y se tocaban de bombín, fistol en la corbata y cuello de pajarita almidonado. Sin eso hubieran sido domingos perfectos los de la Alameda porfiriana”.¹¹²

Podemos ver cómo la clase alta no podía codearse con la clase media o baja, a la que llamaban “cursilería”, y a ésta le daba temor alternar con la aristocracia. Pero no por esto dejó de ser el paseo de la Alameda uno de los escenarios de fiestas y paseos más hermosos de la época porfiriana consagrados por la tradición.

3. Chapultepec

Otra costumbre era ir de paseo a Chapultepec, donde además de pasearse podía respirar aire puro. Mil frondosos fresnos, álamos, sauces y otros árboles oxigenaban los pulmones de los paseantes. “Lo característico del bosque de Chapultepec son los ahuehuetes, palabra que significa ‘viejo de agua’, y que son gigantescos sabinos cuyo follaje verde hermoso en la primavera y en el estío toma un tinte rojizo en el invierno. Más de trescientos ahuehuetes rodean el Castillo al pie del cerro y hacen más bello el bosque en ese lugar”.¹¹³ Los paseantes se recreaban bajo los frondosos árboles.

Federico Gamboa nos describe en su novela cómo Santa también gozaba de este paseo: “A la tarde, coche abierto, una victoria de

¹¹² Maximo, Magdaleno. La alameda central. México. Departamento del distrito Federal. 1956. p. 12.

¹¹³ Campos, Ruben. Chapultepec: su leyenda y su historia. México. Talleres Gráficos de la Nación. 1919. p. 17.

bandera azul en cuyo respaldar de tafilete, indolentemente reclinada, íbase al bosque de Chapultepec a respirar aire puro".¹¹⁴

El régimen porfiriano hizo mucho por el embellecimiento del bosque y del Castillo de Chapultepec. "Hay que resaltar que este gobierno no escatimó presupuesto para hacer mejoras en el edificio, para el cual se pensó en dos finalidades principales: restablecerlo como Colegio Militar (1881) y adoptar el Alcázar como residencia veraniega o temporal del poder ejecutivo (1884)".¹¹⁵ El presidente vivía en su casa de la antigua calle de la Cadena, donde pasaba la mayor parte del tiempo y sólo en verano habitaba el Alcázar: "La familia del Sr. Presidente de la República, ha ido a habitar el alcázar de Chapultepec en donde residirá durante el verano".¹¹⁶

Rafael Delgado nos pinta una escena referente a esto: "En el fondo, sobre la negra espesura del bosque, y como una floración luminosa, aparecía al alcázar de Chapultepec, alumbrado por sus cien focos.

"¡Mira —dijo la señora a Filomena— ese es el Palacio de Chapultepec! La muchacha se volvió a ver hacia el bosque, pero distraída no miró nada, y guardó silencio. Pablo hizo notar a su mamá que había luces en las habitaciones, lo cual indicaba que a la sazón residía allí el Presidente de la República".¹¹⁷

Este paseo lo preferían entre una y dos de la tarde, los domingos y días festivos; al igual que los otros, estos días y horas de moda eran aprovechados por las gentes elegantes y por las que aspiraban a serlo. Un ejemplo de este paseo: "Bien coqueteaba Concha con el

¹¹⁴ Gamboa, Federico. *Op. cit.*, p. 107.

¹¹⁵ Fernández, M. Angcl. Chapultepec: historia y presencia. México. Smurfit Carton y Papel de México. 1988. p. 14.

¹¹⁶ El Monitor Republicano. Año XXXVI. Quinta Época, núm. 99. México, abril 25 de 1886. p. 3.

¹¹⁷ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 194.

Juanito, quien no salía de la casa de sus primas, las acompañaba a todas partes y tarde a tarde las llevaba al bosque".¹¹⁸

Los paseantes además de ir al bosque a respirar aire puro, hacían verdaderos días de campo. Los visitantes se sentaban bajo la sombra de algún árbol, desembolsaban sus alimentos y los comían en relativa soledad sobre el césped; paseaban por las calzadas, visitaban el lago o el zoológico. Rafael Delgado nos pinta una escena frecuente en este paseo: "cerca del estanque una familia provinciana se extasiaba mirando un cisne negro. Más allá, al principio de la rampa, dos oficiales de artillería conversaban tranquilamente. Por allá, por el fondo del bosque iba muy despacio un coche de sitio. El viento meridiano mecía dulcemente las copas de los ahuehuetes, y al pasar susurraba con idílica placidez".¹¹⁹

Así eran los paseos en el bosque por aquellos años, y la tradición continúa hasta nuestros días.

d) Paseo de la Reforma

"La archiduquesa Carlota concibió la idea de unir al Castillo de Chapultepec con el sitio en que se levanta la estatua de Carlos IV, por medio de una calzada cuyo trazo fue encomendado por Maximiliano al ingeniero D. Juan Agea".¹²⁰

Fue así como el emperador Maximiliano mandó abrir la calzada para embellecer la ciudad, y con ello, además, tendría una vía directa de comunicación entre Chapultepec y el Centro. A ésta se le puso el

¹¹⁸ *Ibidem*. p. 281.

¹¹⁹ *Ibidem*. p. 261.

¹²⁰ El Mundo, Semanario Ilustrado. Tomo I. núm. 1. México, 11 de noviembre de 1894, p. 10.

nombre de Calzada de la Emperatriz, aunque sólo alcanzó a dársele el trazo elemental..

Al llegar a la presidencia Benito Juárez, retomó el proyecto de la calzada, pero lo único que hizo fue cambiarle el nombre por el de Paseo de la Reforma para honrar y recordar para siempre dichas leyes. El proyecto no fue concluido.

Posteriormente, Sebastián Lerdo de Tejada fue el impulsor de dicha vía: "dio nuevo impulso a las obras emprendidas, de modo que cuando triunfó la revolución de Tuxtepec, estaba ya sembrada la arboleda de fresnos y eucaliptos, que alternándose de cinco en cinco metros de sombra a las banquetas y construidas las bancas de piedra en el primero y segundo tramo, a distancia una de otra de cuarenta metros y alternándose con los pedestales que actualmente soportan las estatuas enviadas por los estados de la Federación".¹²¹

Se mandaron instalar por toda la calzada estatuas de héroes liberales con la finalidad de nacionalizarla. Así, empezaba la calzada con la estatua de Carlos IV, mejor conocido como la del Caballito, colocada en 1852, la de Colón en 1887, la estatua de Cuauhtémoc, las de los padres de la patria, y las de los chinacos que la custodian a los lados, y culmina en Chapultepec. Delgado habla de: "La calzada de la Reforma, donde hay unas estatuas abominables y unos indios feroces..."¹²²

En el *Tiempo de México* una nota nos dice: "Los infaltables cursis comentaron que con estos monumentos el Paseo de la Reforma

¹²¹ *El Mundo, Semanario Ilustrado*, Tomo I, núm. 2, México, 10 de noviembre de 1894, p. 19.

¹²² Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 124.

comienza a ser 'nuestros Campos Elíseos' y México se diría cada vez más 'un Parísito' ".¹²³

Porfirio Díaz apoyó la instalación de estatuas siempre y cuando fueran figuras patrióticas, científicas y otras figuras notables. Él mismo inauguró el monumento de la Independencia en 15 de septiembre de 1910, en la conmemoración del centenario de la Independencia.

El aspecto del Paseo de la Reforma en la época porfiriana lo componían construcciones de tres o cuatro pisos, de techos inclinados de pizarra y mansardas al estilo francés.

Este paseo era más de la clase alta, lo cual era una tradición, y lo podemos ver en la carta que Alfonso le manda a Margot: "Aquí me tienes en este México de ustedes, muriéndome de fastidio; y cansado de recorrer todos los días las mismas calles, siempre desde Plateros hasta San Francisco y por las tardes dando vueltas en la calzada de la Reforma".¹²⁴

La gente adinerada acostumbraba cabalgar por el Paseo, las damas vestidas de amazonas y sus hijos con traje de montar. Cuando hacía buen tiempo los sábados por la tarde y los domingos por la mañana, las damas de la élite salían a pasear en sus carretelas, recorriendo el Bosque de Chapultepec y el Paseo de la Reforma hasta llegar al Zócalo. Lucían sus mejores vestidos confeccionados con seda y encajes; alhajas de oro y pedrería, sombreros adornados y sombrillas de seda de vistosos colores.

Rafael Delgado nos da una vista de este paseo:

¹²³ "La reforma del Paseo" en: *Tiempo de México*. *Op. cit.*, núm.21.

¹²⁴ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 123.

“María y Alfonso llevaron a sus primas a Tacubaya, después de dar unas cuantas vueltas en la calzada de la Reforma. Esa tarde no estaba muy concurrido el famoso paseo: treinta o cuarenta coches de alquiler, quince o veinte trenes lujosos, algunos jinetes, y nada más. Los concurrentes se iban retirando, temerosos de la lluvia. Declinaba el sol y al morir esplendía en una deslumbrante gloria de oro y de grana. Sobre el fondo áureo del Ocaso, erguido entre sus ahuehetes y sus eucaliptos, dibujaba el alcázar de Chapultepec sus terrados, sus galerías y su caballo alto, majestuoso y triste. Los últimos rayos del astro moribundo centellaban en las vidrieras de los edificios colaterales, en los vidrios de los coches y en el charol de los carruajes, y algo como leve polvo de oro flotaba en el ambiente del paseo”.¹²⁵

Al Paseo de la Reforma se iba a disfrutar las hermosas puestas de sol. A los lados de los prados las calzadas eran para los jinetes. Alrededor de las glorietas, como las de Colón y la de Cuauhtémoc, en las grandes bancas de piedra se sentaban las mujeres, viendo jugar a sus hijos mientras leían un libro o tejían alguna prenda.

Las cuatro novelas aquí trabajadas hacen referencia a cualquiera de estos paseos y nos muestran varias escenas claras de cómo eran; también nos muestran cómo nuestros antepasados sabían disfrutar los paseos matutinos, vespertinos y nocturnos.

En todos los tiempos, todas las clases sociales se han dado cita en el Zócalo, en la Alameda, en Chapultepec o en Paseo de la Reforma dejando en estos paseos sus lenguajes, estilos didácticos, modas, costumbres, tradiciones y gestos peculiares de cada época.

¹²⁵ *Ibidem.* p. 211.

CAPÍTULO VI

LAS DIVERSIONES

En este periodo nace una gran demanda de artículos de lujo, pero sobre todo surge un gran afán por divertirse. Además de los paseos, los capitalinos tenían otras formas de esparcimiento. En esos años las diversiones alcanzaron momentos cumbres. "Una vez establecido este sistema democrático, a las Machucas no les faltaba a la semana tamalada, baile o excursión en qué divertirse; porque así estaban listas para ir a un día de campo, como a un casamiento, sin pararse en quién era el anfitrión, ni en quiénes eran los novios".¹²⁶

Las diversiones no eran las mismas para la gente adinerada que para la gente del pueblo.

1. El Jockey Club

Para la gente pudiente había "Clubes, restaurantes, hipódromos, teatros, óperas, casas de campo, coches, viajes anuales a Europa. El centro de la aristocracia capitalina era el Jockey Club".¹²⁷ Este club ocupó la Casa de los Azulejos y fue fundado por Manuel Romero Rubio; fue el sitio de reunión de la aristocracia mexicana, así como de la colonia americana. Ahí se llegaron a reunir los Limantour, los Romero de Terreros y los Rincón Gallardo, entre muchos otros. En el Jockey Club había una sala de armas, boliche, salones de lectura, de conversación, de pócker, de billar, etcétera.

¹²⁶ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 257.

¹²⁷ Benítez, Fernando. *Op. cit.*, p. 81.

En este club no se servía comida mexicana ni española, ya que las consideraban comidas vulgares. Los asistentes preferían los menús franceses, chinos o rusos.

La clase alta pasaba sus tiempos de ocio en el Casino Nacional y en los cafés, principalmente el Colón y La Concordia, restaurantes que estaban ubicados en el Centro, y el Jockey Club.

2. El Tívoli del Elíseo

Era éste una gran mansión con un enorme jardín, el lugar preferido por los franceses para celebrar el 14 de julio en México. Todos los años ese día se celebraba con una gran fiesta: las comidas eran en mesas ubicadas al aire libre, y en el jardín los niños se divertían en juegos mecánicos. Por la tarde había una tómbola donde se rifaban objetos donados por las colonias francesas. Había también un lujoso restaurante donde se daban grandes banquetes de bodas y otras festividades.

3. El Teatro

Era otra de las diversiones de estos años. "El teatro gozaba de un repertorio extranjero, siendo pocas las obras mexicanas hechas por compañías y directores del país".¹²⁸ Funcionaban varios teatros, pero los más importantes fueron los siguientes:

El Teatro Abreu, inaugurado el 2 de febrero de 1875 con la zarzuela *Campanone*. En 1907 se le cambió el nombre por el de Virginia Fábregas.

¹²⁸ Somolinos P. Juan. La "Belle Époque" en México. México. SepSetentas. 1971. p. 119.

El Teatro Principal, que era un viejo local ubicado en la calle del Coliseo, hoy Bolívar; en éste se representaban principalmente zarzuelas. José Tomás de Cuéllar nos habla de este teatro:

"Mamacita... ¡Si todas las noches van al Principal!

"Sí, al Principal... Ya lo sé. Como que se dice que Juan está prendado de una tiple muy aplaudida en 'La Verbena de la Paloma'..."¹²⁹

En este teatro se presentó y tuvo mucho éxito María Conesa: "Con picardía, cinismo, gracia y talento, la joven María Conesa está representando a teatro lleno en el Principal *La gatita blanca*, una de las zarzuelas más populares".¹³⁰

También en el Principal hubo una temporada de opereta. "Subiremos, bajaremos, me llevarán a la ópera... a oír a Tamagno. ¡Dicen que es divino! ¡Divino!".¹³¹

El Teatro Colón fue inaugurado en 1909 con la ópera *Carmen*.

Elena decía: "Iré a los teatros... oiré comedias y dramas, escucharé buena música, nueva música clásica, que tanto me gusta... y nada más".¹³²

4. Los toros

"Y los domingos... en la tarde: a los toros. En la noche al teatro o al circo".¹³³ El pueblo mexicano ha sido siempre aficionado a las corridas de toros. Estaban las plazas del Coliseo, El Paseo Colón y Bucareli. Durante la temporada de toros el pueblo gozaba al ver desfilar, en

¹²⁹ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 254.

¹³⁰ "La gatita blanca" en: Tiempo de México, *Op. cit.*, núm. 24.

¹³¹ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 99.

¹³² *Ibidem*, p. 78.

¹³³ *Ibidem*, p. 79.

sendas carretelas por las calles de Bucareli, a los toreros con trajes de luces, así como a todo el personal que componía la cuadrilla.

Federico Gamboa nos muestra a "El Jarameño, matador de toros de cartel, contratado en la propia Península y que domingo a domingo causaba las delicias de los aficionados mexicanos en la plaza de Bucareli".¹³⁴

Asimismo nos relata una escena interesante acerca de cómo se viste un torero:

"¡Mira, Morena, mira cómo se viste un matador de toros! –le dijo el Jarameño sentándose en una silla y abandonándose a las pericias de Bruno.

"Primero, el calzón de hilo, corto; luego, la venda en la garganta de los pies, muy apretada, contra luxaciones y torceduras; después, las medias de algodón, y sobre éstas, las medias de seda, tirantísimas, sin asomos de una arruga; después, las zapatillas, de charol, y con su lazo en el empeine, y ¡arriba!, ¡pararse!, venga la taleguilla y la camisa de chorreras, finísima, de hilo puro, de cuatro ojales en su cuello almidonado.

"¡Mis botones de cadenilla, Bruno! –ordenó el Jarameño, a tiempo que introducía bajo el cuello de la camisa el corbatín de seda y que se abrochaba los especiales tirantes de brega.

¹³⁴ Gamboa, Federico. *Op. cit.*, p. 85.

"Metióse la falda de la camisa dentro de la taleguilla, que cerró por delante, y pidió faja de seda y sudadero de hilo, con los que Bruno lo cinchó, duro, apartándose luego a preparar el 'añadido'. Iba el Jarameño a abotonarse el cuello, mirándose al espejo del lavabo, cuando reparó en su medalla bendita –la que se oxidaba con sus sudores, enzarzada en los negros y abundantes vellones de su tórax-, y devotamente la llevó a su boca, la besó muy quedo".¹³⁵

5. El cine

Un nuevo espectáculo apareció en México: el de la cinematografía. El cine se volvió el espectáculo más popular. El introductor del cinematógrafo en México fue el ingeniero Salvador Toscano, quien en 1897 abrió la primera sala, llamándola Cinematógrafo Lumiere. Ahí se presentaban películas cortas adquiridas en París, hechas por los hermanos Lumiere. "Las películas gustaron por su realismo y por la naturalidad y el movimiento de las figuras".¹³⁶

El pueblo asistía con más facilidad al cine porque era más barato que la ópera. El cine costaba cincuenta centavos en vez de cinco pesos, como la ópera, y no exigía vestirse de etiqueta. Así, el cine atrajo a las multitudes mal vestidas.

¹³⁵ *Ibidem.* p. 195.

¹³⁶ Gortari Rabiela. Hira de. La ciudad de México. Antología... *Op. cit.*, p. 95.

6. El circo

El circo también era un espectáculo popular, aunque no era mexicano. “El circo porfiriano por excelencia fue el Orrín, que tuvo su local de madera y fierro en la plaza de Villamil y su estrella en el extraordinario payaso inglés Ricardo Bell, también gran imitador y hombre orquesta”.¹³⁷

La actuación del circo era variada: los actos de los payasos incluían críticas mordaces contra los malos políticos, o números musicales con cascabeles o vasos de agua.

7. Los bailes

En esa época también surgieron los bailes suntuosos; se organizaban bailes caseros con el pretexto de festejar los santos o cumpleaños de algún familiar.

“En efecto, el baile como complemento de la educación social de la juventud, es un ramo de enseñanza indispensable en toda sociedad culta. La juventud que no concurre a academias de baile, lleva en sí una secreta disposición de retraimiento y antipatía que la hacen huraña y mal contenta. Por el contrario, los que bailan han desatado un nudo gordiano, de saludable enseñanza para la moral del individuo, que influirá y no poco en su porvenir”.¹³⁸

A los invitados se les daban vinos, dulces, bocadillos, etcétera. Todo esto variaba según los invitados y la ocasión.

Las piezas de moda las tenía cada orquesta en su repertorio, como las polkas, que pocas personas sabían bailar: “Empezó la música. Era

¹³⁷ Benitez, Fernando. *Op. cit.*, p. 96.

¹³⁸ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 354.

una polka: pero casi nadie se dio por entendido. Lupe y muchas otras de su calaña no sabían bailar polka".¹³⁹

Bailaban también la contradanza, que era muy divertida; la danza todos la bailaban porque no requería gran destreza. De Cuéllar dice: "lo que más fácilmente aprenden es la danza, que casi no es baile sino vaivén acompasado y roce acompasado".¹⁴⁰ Pero el baile más importante fue el vals.

Entre pieza y pieza había un descanso, que los asistentes aprovechaban para brindar y comer algo; además se prestaba la ocasión para el galanteo. En estos bailes no importaban mucho las clases sociales, la educación o las costumbres.

Si el baile transcurría normalmente y sin problemas, terminaba hasta las seis de la mañana. Algunos bailes se anunciaban o se comentaban en periódicos: "¡Qué lujo!.- Entre los ociosos del boulevard se contaba ayer de un baile solemnidísimo que dizque hoy tendrá lugar en la casa de una bella americana. Un banquete de trescientos cubiertos, un baile con rumbosa orquesta, la crema de lagartijismo, el Champagne a raudales, la luz eléctrica, iluminando el salón. Las invitaciones son lujosas, escritas en inglés y en castellano. Parece que la fiesta será rumbosa".¹⁴¹

Delgado lo narra así: "De tan brillante fiesta hablaron los periodicos y hablaron como el caso merecía, como qué buen cuidado tuvo don Juan de mandar a dos de los principales periódicos de información, y muy particularmente a 'El Nacional', apuntes muy exactos: lista de los

¹³⁹ *Ibidem.* p. 339.

¹⁴⁰ *Ibidem.*

¹⁴¹ El Monitor Republicano. Año XXXVI. Quinta Época. núm. 99. México, abril 25 de 1886, p. 3.

comensales, descripción de los salones, del comedor y de la mesa, el 'menú', y crónica del concierto".¹⁴²

Algunos bailes se anunciaban también en revistas: "El baile en la casa de los señores Camacho".¹⁴³ Esta noche medio México fue llevado allí pero no por ser invitados sino por la curiosidad. Invasieron calles y aceras sólo para contemplar por lo menos un instante la belleza y los trajes de los invitados.

8. Los juegos

"La embriaguez, las casas de juego para todas las categorías sociales y los duelos originados por riñas de honor proliferaron, convirtiéndose en el azote y contrariando las buenas costumbres de la ciudad".¹⁴⁴

En esos tiempos los mexicanos eran muy dados a los juegos de azar. Se acostumbraba jugar cartas o dados, o se apostaba en la Lotería Nacional. "Y esas señoras, otras señoras y ciertas señoras, juegan juntas a los albures el precio de la hermosura, el dinero del marido y el pan de sus hijos".¹⁴⁵

El gobierno decía que los obreros y artesanos no progresaban por culpa de la incontrolable pasión por el juego. La prensa, al respecto, comentaba: "Un hombre habituado a la pasión por el juego comienza por perder intereses propios y después los ajenos: no tarda mucho tiempo en sucederle otro tanto con el último resto de su delicadeza, hasta que gradualmente víctima ya de una ambición funesta, acude al asesinato, al robo y muchas veces al suicidio".¹⁴⁶

¹⁴² Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 223.

¹⁴³ El Mundo, Semanario Ilustrado. México, 18 de noviembre de 1894, p. 5.

¹⁴⁴ Somolinos P. Juan. *Op. cit.*, p. 123.

¹⁴⁵ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 273.

¹⁴⁶ El Monitor Republicano. Año XXXVI. Quinta Época. núm. 10. México, Enero 12 de 1886, p. 3.

9. La música

En cuanto a la música, el vals --junto con la excelente poesía-- fue el arte por definición del porfiriato. Los valeses más populares: *Olimpia*, *Alejandra*, *Cuando escuches este vals* y *Sobre las olas*, éste de Juventino Rosas. "Al abrir don Cosme la puerta del comedor oyóse el vals de Fausto, tocado briosa y magistralmente".¹⁴⁷

En las tardes se acostumbraba estar en casa, leyendo poesía o escuchando música al piano. "Margarita y María tocaban a cuatro manos algo de Saint-Saens. Alfonso, atento a la belleza y miradas de la blonda señorita, volvía las hojas".¹⁴⁸

¹⁴⁷ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 187.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 308.

CAPÍTULO VII

LOS ROTOS O LAGARTIJOS

Me voy a permitir dar un pequeño espacio a estas personas, llamadas rotos o lagartijos, pues me ha llamado la atención de manera especial el que nuestros cuatro novelistas hagan mención a éstos, o traten de definirlos de diferentes maneras. Los rotos o lagartijos son característicos de esta época.

A los lagartijos o rotos los llamaban también pisaverdes, lechuginos, petrimetros, catrines, gomosos, ociosos, vagos. “Los jóvenes a quienes se daba los diversos nombres de pisaverdes, carrutacos, mequetrefes, dandys, petrimetros, catrines y el muy popular de rotos, vasta nomenclatura reducida hoy al nombre genérico de lagartijos”.¹⁴⁹

Unos los definen como individuos que no tienen nada que hacer y sin dinero; pero eso sí, andan siempre bien vestidos a costa de trampas y picardías. También llamaban rotas a las señoritas de la clase media que aparentaban vivir a lo rico. “Y luego en estos tiempos. Antes, amigo, eran de otro modo: hoy de que les da por rotas, malo; de que empiezan con el tapalito y el zapatito... Mire usted a la hija de don Cosme, a Remedios, esa va a acabar mal... Le dio por leida y escribida, dizque iban a no sé que escuela, de ahí, que modista; apenas habla, está hecha una catrina; contesta con puros gringos, y acuérdesese de don Mauricio, esa acaba mal. De que se ven bonitas ya quieren salir de su clase, y no, hombre; si semos pobres así tenemos

¹⁴⁹ García Cubas. El libro de mis recuerdos. México. Imprenta de Arturo García Cubas. Hermanos Sucesores. México. 1904. p. 243.

que quedarnos, aunque... Sí señor, buen traje, mascada de seda ¿Ya ve todo eso? Pues acaba mal".¹⁵⁰

Muchos de esos rotos se la pasaban aparentando bienestar económico, pero en su vida privada sufrían miserias. "Catrín" es el término que la gente del pueblo mexicano aplica al señorito y a la señorita, al de buen traje, al de sombrero.

"Entonces, ¡válgame Dios, patrón! Le cay a modo de manto, de esos que las 'rotas' ricas llevan al tiatro, esos de puritita seda que con la luz eléctrica relumbran como si fueran charcos de tintas y que ellas recogen con los guantes, al apiarse de sus coches, pa'que ni el aire de la calle se los maltrate..."¹⁵¹

Las rotas eran de pocos recursos económicos, que cubrían las apariencias vistiéndose como ricas. "Cornichón se lo hizo comprender en una agria disputa. Quiso botas y no podía andar con ellas, la sofocaba el corsé, se le ladeaba el sombrero, se le despegaba el vestido y no, no. Era preciso confesarlo, no había nacido para rota".¹⁵²

Los lagartijos acostumbraban ir a los paseos tradicionales: al Zócalo, a la Alameda, a Chapultepec y al Paseo de la Reforma. "Con esas botas salió Venturita el domingo siguiente, pasando ante la fila de lagartijos con una dignidad y un señorío que nadie se hubiera atrevido a pensar que aquella señorita iba buscando en el rabo del ojo un 'lagartijo', ni mucho menos que con deliberada intención le hubiera acortado una pulgada a la orla de su vestido".¹⁵³

¹⁵⁰ Campo. Ángel de. *Op. cit.*, p. 214.

¹⁵¹ Gamboa, Federico. *Op. cit.*, p. 139.

¹⁵² Campo. Ángel de. *Op. cit.*, p. 227.

¹⁵³ Cuélar. José Tomás de. *Op. cit.*, p. 296.

Otra definición de roto era “petimetre del pueblo”, refiriéndose a un indio o mestizo vestido a la europea. Otro ejemplo de lagartijo es Juan, personaje de *Los parientes ricos*, elegante y correcto en el vestir. Rafael Delgado nos da la siguiente descripción: “Juan dio golpe entre aquellas buenas gentes, así por la corrección como por la elegancia. Y, a decir verdad, estaba guapo el lagartijo: pantalón y americana de franela inglesa, de color alegre y apacible; cinturón de cuero amarillo obscuro; camisa mahón, con cuello y puños níveos; corbata ligera, larga, suelta, flotante, de suavísimo tinte plumizo; borceguíes de piel de Rusia aceitunados; sombrerillo marineresco, y muy en armonía con la palidez y la demacración del mozo, delatoras de su vida estragada”.¹⁵⁴

En las novelas tenemos más ejemplos:

“¡Fuera coches!... abajo los rotos”.¹⁵⁵

“Pero el recuerdo de las calles concurridas volvía a aguijonearla, odiaba a las elegantes, a las rotas que se visten de seda; sentía una inmensa rabia de ser una cualquiera y casi sollozaba”.¹⁵⁶

“Dice Adolfo que una mañana te vio en Chapultepec; que ibas del brazo de un lagartijo; que tú no lo viste o no lo conociste, o no te diste por enterada”.¹⁵⁷

“Al fin dio con el lagartijo, cerca de Iturbide; lo vio venir y sorprendió (fingiendo no ver) como dos relámpagos; una mirada que se dirigió a los ojos y otra mirada que se dirigió a los pies de Venturita”.¹⁵⁸

¹⁵⁴ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 345.

¹⁵⁵ Gamboa, Federico. *Op. cit.*, p. 87.

¹⁵⁶ Campo, Ángel de. *Op. cit.*, p. 194-195

¹⁵⁷ Delgado, Rafael. *Op. cit.*, p. 299.

¹⁵⁸ Cuéllar, José Tomás de. *Op. cit.*, p. 297.

En un periódico de la época se describen de la siguiente manera: "Muchos de los catrines, rotos y lagartijos que paseamos por el boulevard, hacemos tertulia en sus esquinas y piropeamos a las muchachas a las que el corsé da cinturita de abispa, no somos en realidad aristócratas sino hombres de clase media –pobres pero decentes-- que debemos al satre la levita que llevamos puesta".¹⁵⁹

¹⁵⁹ "Saber ser pobres" en: Tiempo de México. *Op. cit.*, núm. 23.

CONCLUSIÓN

Definitivamente el porfiriato es un periodo clave en la historia de México. Después de que las tres primeras cuartas partes del siglo XIX fueron para el país un periodo de luchas constantes, de invasiones extranjeras y de inestabilidad política y social, Porfirio Díaz logró imponer el orden y la paz.

En ese periodo Díaz impulsó al país hacia una prosperidad que nunca antes había tenido. Se dieron grandes cambios económicos, políticos y sociales. Hubo un progreso económico gracias a la política de colaboración del capital extranjero. Mejoraron los servicios, como el alumbrado, la pavimentación, el drenaje, el transporte y los medios de comunicación como el correo, el telégrafo, y el teléfono. Se puso un alto a la insalubridad por diversos medios. Se dio un considerable avance tecnológico y un gran impulso a los ferrocarriles, los cuales facilitaron las actividades comerciales.

La ciudad entró en un claro proceso de urbanización. Díaz apoyó a la Iglesia y a la educación. Las ciencias, la literatura y las artes alcanzaron un desarrollo nunca antes visto.

Sin embargo, Porfirio Díaz malbarató millones de hectáreas, despojando a miles de campesinos de sus tierras, que eran sus fuentes de trabajo, propiciando así al enriquecimiento de algunos a costa de la miseria de muchos.

Hubo en muchos aspectos una gran influencia francesa. Absolutamente todo se rigió por lo francés: la economía, la política, el urbanismo, la arquitectura, las artes, todo. Díaz quería hacer de México una imitación de París, lo cual obviamente nunca se llegó a

conseguir. Algunos autores llaman a este periodo la "Bella Época en México". Esta corriente intelectual y artística de Francia se reflejó aquí a tal grado que la vida cotidiana de nuestro país se afrancesó, lo que ha podido verse en el desarrollo de este trabajo.

Existió, asimismo, un gran contraste social: por un lado una minoría enriquecida y por otro la miseria de la mayoría, pues había salarios muy bajos debido a la mano de obra abundante.

La desigualdad social existió en todos los aspectos, por ejemplo en la forma de vivir, de comer, de beber, de vestirse y hasta en las diversiones. Al respecto, nuestros novelistas supieron retratar cabalmente estas desigualdades tan extremosas.

En conclusión, el porfiriato, con sus ventajas y desventajas, fue un periodo básico y definitivo en la consolidación de la nación del pueblo mexicano. No podemos dudar de que Porfirio Díaz le dio muchos beneficios a México, pero por desgracia se le olvidó darle más importancia a la mayoría que conformaba el pueblo mexicano: los pobres.

BIBLIOGRAFÍA

Benítez, Fernando. Historia de la ciudad de México, vol. 6, Salvat, México, 1984, 115 p.

Benítez, José R. El traje y el adorno en México 1500-1910, Imprenta Universitaria, Guadalajara, 1946, 225 p.

Brushwood, John S. México en su novela, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, 437 p.

-----, Breve historia de la novela en México, Ediciones de Andrea, México, 1959, 157 p.

Campo, Angel de. Ocios y apuntes y La rumba, Editorial Porrúa, México, 1999, 344 p.

Campos, Rubén. Chapultepec: su leyenda y su historia, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1919, 66 p.

Cosío Villegas, Daniel. Historia moderna de México, v. 4, Editorial Hermes, México, 1957, 979 p.

Cuéllar, José Tomás de. Ensalada de pollos y Baile y cochino..., Editorial Porrúa, México, 1994, 379 p.

Delgado, Rafael. Los parientes ricos, Editorial Porrúa, México, 1992, 442 p.

Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México, Editorial Porrúa, México, 1995, 4 v.

Enciclopedia de México, SEP, México, 1987, 13 v.

Fernández Ledesma, Enrique. Viajes al siglo XIX. Talleres Gráficos de la Nación, México, 99 p.

Fernández, Miguel Angel. Chapultepec: historia y presencia, Smurfit Carton y Papel de México, México, 1988, 211 p.

Galindo y Villa, Jesús. La plaza mayor de la ciudad de México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, México, 1914, 375 p.

Gamboa, Federico. Santa, Editorial Grijalbo, México, 1979, 327 p.

García Barragán, Ma. Guadalupe. Rafael Delgado. Obras, UNAM, México, 1986, 146 p.

García Cubas, Antonio. El libro de mis recuerdos, Imprenta de Arturo García Cubas, Hermanos sucesores, México, 1904, 635 p.

González, Manuel Pedro. Trayectoria de la novela en México, Ediciones Botas, México, 1951,

Gortari Rabiela, Hira de. La ciudad de México. Antología de lecturas siglos XVI-XX, SEP, México, 1995, 158 p.

- - - - , La ciudad de México y el Distrito Federal: una historia compartida, Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, México, 1988, p. 219

Historia general de México, tomo II, El Colegio de México, México, 1976, 1585 p.

Laver, James. Breve historia del traje y la moda, Ediciones Cátedra, Madrid, 1990, 373 p.

Madero, Francisco I., La sucesión presidencial en 1910, Editorial Offset, México, 1985, 318 p.

Magdaleno, Máximo. La alameda central, Departamento del Distrito Federal, Dirección General de Acción Social, México, 1956 28 p.

México: sus parques y sus plazas, Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos, México, 1997, 173 p.

Novo, Salvador. Los paseos de la ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, 63 p.

Raat, William D. El positivismo durante el porfiriato, S.E.P., México, 1975, 175 p.

Romero Flores, Jesús. Chapultepec en la Historia de México, S.E.P., México, 1947, 91 p.

Semo, Enrique. México, un pueblo en la historia. Alianza Editorial Mexicana, México, 1988, 257 p.

Somolinos, Juan. La Belle Epoque en México, SEP, México, 1971, 148 p.

Tiempo de México, primera época, de octubre de 1807 a junio de 1911, S.E.P., México, 2ª. Ed., 1984.

FUENTES HEMEROGRAFICAS

El Día, 1890-1891

El Diario, 1895

El Hijo del Ahuizote, 1900

El Imparcial, 1882-1883, 1889

El Monitor Republicano, 1871, 1878, 1886

El Mundo, Semanario Ilustrado, 1894

El Nuevo Nacional, 1887

Fin de Siglo, 1887

Revista El Mundo Ilustrado

Revista Universal, 1876

Voz de México, 1882-1889